Julien-Offray de la Mettrie *Tratado del alma*

Capítulo primero

EXPOSICIÓN DE LA OBRA

Ni Aristóteles, ni Platón, ni Descartes, ni Malebranche, os enseñarán cómo es vuestra alma. En vano os atormentáis para conocer su naturaleza, pues es preciso que os sometáis a la ignorancia y a la fe. La esencia del alma del hombre y de los animales es y será siempre tan ignota como la esencia de la materia y de los cuerpos. Digo más: el alma desasida del cuerpo mediante abstracción, se asemeja a la materia considerada sin ninguna forma, y no se la puede concebir. El alma y el cuerpo se han hecho juntamente en el mismo instante, y como de una sola pincelada. Han sido arrojadas al mismo molde, dice un gran teólogo [1] que ha osado pensar. Quien quiera conocer las propiedades del ama, debe investigar previamente las que se manifiestan con toda evidencia en los cuerpos, cuya alma es el principio activo.

Esta reflexión induce naturalmente a pensar que no hay guías más seguros que los sentidos. Así es, filósofos míos. Por mal que se hable de éstos, sólo ellos pueden iluminar a la razón en la búsqueda de la verdad; sí, son los únicos a los que hará falta recurrir, cuando seriamente se la quiera conocer.

Veamos, pues, con tanta buena fe como imparcialidad, qué es lo que nuestros sentidos pueden descubrir en la materia, en la sustancia de los cuerpos y sobre todo de los cuerpos organizados, pero veamos sólo lo que está, y no nos imaginemos cosas. La materia es de por sí un principio pasivo, únicamente tiene una fuerza de inercia, por eso, cuantas veces se la vea moverse, podrá concluirse que su movimiento proviene de otro principio, que un espíritu bondadoso no confundirá jamás con el que lo contiene, quiero decir, con la materia o la sustancia de los cuerpos, porque la idea de lo uno y la idea de lo otro constituyen dos ideas intelectuales, tan diferentes como lo activo y lo pasivo. Si en el cuerpo hay pues un principio motor, pese a probarse que este mismo principio que hace latir el corazón, hace a su vez que los nervios sientan y el cerebro piense, no se desprenderá claramente que es éste el principio al que se da el nombre de *alma*. Está demostrado que el cuerpo humano en su primer origen tan sólo es un *gusano*, cuyas metamorfosis en conjunto no son más sorprendentes que las de todo insecto. ¿Por qué no iba a estar permitido investigar la naturaleza o las propiedades del principio desconocido, aunque evidentemente *sensible* y *activo*, que hace arrastrarse a este *gusano* con orgullo sobre la superficie de la tierra? ¿No está la verdad hecha para el hombre, así como la felicidad a que aspira? O acaso estamos tan ávidos, y por así decir tan enamorados, para no abrazar más que una nube, en lugar de la diosa, como los poetas han pretendido de Ixión.

Capítulo II

LA MATERIA

[1] Tertuliano, *De resurrectione*.

Todos los filósofos que han examinado atentamente la naturaleza de la materia, considerada en sí misma e independientemente de todas las formas que constituyen los cuerpos, han descubierto en esta sustancia diversas propiedades, que derivan de una esencia absolutamente desconocida. Tales son, 1.º el poder de recibir diferentes formas, que se producen en la materia misma, y por las cuales la materia puede adquirir la fuerza motriz y la facultad de sentir, y 2.º la extensión actual, que han reconocido bien como un atributo, pero no como la esencia de la materia.

Sin embargo, ha habido algunos, y entre otros Descartes, que han querido reducir la esencia de la materia a la simple extensión, y limitar todas las propiedades de la materia a las de la extensión. Pero tal parecer ha sido rechazado por todos los demás modernos, que han sido más atentos respecto a todas las propiedades de esta sustancia, de manera que el poder de adquirir la fuerza motriz y la facultad de sentir, se ha considerado desde siempre, al igual que la extensión, como una propiedad esencial de la materia.

Las diversas propiedades que se observan en este principio desconocido, demuestran un ser en el que existen estas mismas propiedades, un ser que en consecuencia debe existir por sí mismo. Luego, no se concibe, o más bien parece imposible, que un ser que existe por sí mismo no pueda crearse ni aniquilarse. Evidentemente, sólo las formas de las que sus propiedades esenciales la hacen susceptible, pueden destruirse y reproducirse a su vez. Además, la experiencia nos obliga a reconocer que de nada, nada se hace.

Aquellos filósofos que no han conocido las luces de la fe, han pensado que este principio sustancial de los cuerpos ha existido y existirá siempre, y que los elementos de la materia tienen una solidez indestructible, que no permite temer que el mundo se derrumbe. La mayoría de los filósofos cristianos reconocen también que existe necesariamente por sí mismo, y que no es inherente a su naturaleza el haber podido empezar, ni el poder terminar, como puede verse en un autor del siglo pasado que enseñaba [2] teología en París.

Capítulo III

LA EXTENSIÓN DE LA MATERIA

Aunque no tengamos ninguna idea de la esencia de la materia, no podemos negar nuestro consentimiento a las propiedades que nuestros sentidos descubren en ella.

Abro los ojos y a mi alrededor tan sólo veo materia o extensión. La extensión es pues una propiedad que corresponde siempre a toda materia, que sólo puede corresponderle a ella, y por consiguiente es co-esencial a su sujeto.

Esta propiedad supone en la sustancia de los cuerpos tres dimensiones, longitud, anchura y profundidad. En efecto, si consultamos nuestros conocimientos, los cuales vienen todos de los sentidos, la materia o la sustancia de los cuerpos no se puede concebir sin la idea de un ser a la vez largo, ancho y profundo, puesto que la idea de estas tres dimensiones está necesariamente asociada a la que nosotros tenemos de todo tamaño o cantidad.

Los filósofos que más han meditado sobre la materia no entienden por la extensión de esta sustancia una extensión sólida, constituida de partes distintas, capaz de resistencia. Nada está unido, nada está dividido en esta extensión: para dividir, se precisa una fuerza que desuna, del mismo modo que ésta también se precisa para unir las partes divididas. Luego, según estos físicos, la materia no tiene fuerza actualmente activa, puesto que toda fuerza debe provenir del movimiento, o de algún esfuerzo o tendencia al movimiento, y puesto que, en la materia despojada de toda forma mediante abstracción, sólo reconocen una fuerza motriz en *potencia*.

Esta teoría es difícil de concebir, pero una vez establecidos los principios, es rigurosamente

[2] Goudin, *Philosophia juxia inconcussa tutissimaque Divi thomae dogmata*.

verdadera en sus. consecuencias. Ocurre lo mismo con estas verdades algebraicas, cuya certidumbre se conoce mejor de lo que la concibe el espíritu.

La extensión de la materia no es pues más que una extensión metafísica, que no es perceptible en modo alguno, según la idea de estos mismos filósofos. Estos piensan con razón que sólo la extensión sólida es capaz de impresionar nuestros sentidos.

Nos parece pues que la extensión es un atributo que participa de la forma metafísica, pero lejos estamos de creer que una extensión sólida constituya su esencia.

No obstante, antes que Descartes, algunos antiguos habían hecho consistir la esencia de la materia en la extensión sólida. Pero esta opinión que los cartesianos tanto han hecho valer, ha sido victoriosamente combatida en todos los tiempos, por razones evidentes que expondremos a continuación, pues el orden requiere que previamente examinemos a qué se reducen las propiedades de la extensión.

Capítulo IV

PROPIEDADES MECÁNICAS-PASIVAS DE LA MATERIA, DEPENDIENTES DE LA EXTENSIÓN

Lo que se denomina forma en general, consiste en los diversos estados o en las diferentes modificaciones de que es susceptible la materia. Estas modificaciones reciben el ser o su existencia de la materia misma, al igual que la marca de un sello la recibe de la cera que ésta modifica. Estas constituyen todos los diferentes estados de esta sustancia, y esta última, mediante ellas, toma las diversas formas de los cuerpos constituyendo propiamente estos cuerpos.

No examinaremos aquí cuál puede ser la naturaleza de este principio, considerado independientemente de su extensión y de toda otra forma. Basta reconocer que se desconoce, y así, es inútil investigar si la materia puede existir despojada de todas estas formas, sin las cuales no podemos concebirla. Los aficionados a las disputas frívolas pueden, siguiendo los pasos de los escolásticos, proceder a cuantas cuestiones puedan plantearse al respecto; nosotros nos limitaremos a enseñar lo que estrictamente se precisa saber de la doctrina de estas formas.

Se dan dos tipos: unas activas y otras pasivas: en este capítulo sólo me ocupo de las últimas. Son cuatro, a saber: el tamaño, la figura, la quietud y la situación. Estas formas son estados simples, dependencias pasivas de la materia, modos que no pueden abandonarla nunca, ni destruir su simplicidad.

Los antiguos pensaban, no sin razón, que estas formas mecánicas pasivas de la materia no tenían otra fuente que la extensión, por estar persuadidos de que la materia contiene *potencialmente* todas estas formas en sí, tan sólo porque lo que es extenso, como un ser dotado de las dimensiones de que se ha hablado, puede evidentemente recibir tal o cual tamaño, figura, situación, etc.

Estas son las formas mecánicas pasivas contenidas en potencia en la extensión, dependientes absolutamente de las tres dimensiones de la materia y de su diversa combinación, y en este sentido puede decirse que la materia, considerada simplemente en su extensión, la cual le hace susceptible de una infinidad de formas, no le permite recibir ninguna, sin su propia fuerza motriz, ya que es la materia una vez revestida de las formas, mediante las cuales ha recibido la potencia motora o el movimiento actual, la que por sí misma se procura sucesivamente las diferentes formas, y, como dice Aristóteles, no lo es sino en virtud de su matrimonio o su unión con la misma fuerza motriz.

Supuesto esto, si la materia se halla algunas veces forzada a adquirir cierta forma en lugar de tal otra, ello no puede proceder de su naturaleza demasiado *inerte*, o de las formas mecánicas pasivas dependientes de la extensión, sino de una nueva forma, que merece aquí el primer rango, porque desempeña el papel más importante en la naturaleza. Es la forma activa o la potencia motriz, la forma, insisto, mediante la cual la materia produce las que recibe.

Pero, antes de centrarnos en este principio motor, permítaseme observar de paso que la materia, considerada únicamente como un ser pasivo, no parece merecer más que el simple nombre de materia, al que antaño se hallaba restringida, y también que la materia, al ser absolutamente inseparable de la extensión, de la impenetrabilidad, de la divisibilidad y de las otras formas mecánicas pasivas, no era valorada por los antiguos como se supone que lo hacemos nosotros al denominarla hoy con el nombre

de sustancia, y que, en fin, lejos de confundir estos dos términos, como hacen los modernos, consideraban la materia simplemente como un atributo o una parte de esta sustancia, constituida como tal, o elevada a la dignidad de cuerpo merced a la potencia motriz de que voy a hablar.

Capítulo V

POTENCIA MOTRIZ DE LA MATERIA

Los antiguos, convencidos de que no había ningún cuerpo sin una fuente motriz, consideraban la sustancia de los cuerpos como un compuesto de dos atributos primitivos: en virtud de uno de ellos, esta sustancia tenía la capacidad de moverse, y en virtud del otro, la de ser movida. En efecto, en todo cuerpo que se mueve, es imposible dejar de concebir estos dos atributos, es decir, la cosa que se mueve y la propia cosa que es movida.

Acabamos de referir que antaño se daba el nombre de materia a la sustancia de los cuerpos, en tanto que era susceptible de movimiento: esta materia una vez apta para moverse, era considerada bajo el nombre de principio activo, dado entonces a la misma sustancia. Pero estos dos atributos parecían tan esencialmente dependientes uno del otro, que Cicerón, para expresar mejor esta unión esencial y primitiva de la materia y de su principio motor, dice que una y otra cosa se encuentran la una en la otra, lo que hace estimable la idea de los antiguos.

De donde se desprende que los modernos no nos han proporcionado más que una idea poco exacta de la materia, cuando, por una confusión mal resuelta, han querido dar este nombre a la sustancia de los cuerpos, puesto que, una vez más, la materia, o el principio pasivo de la sustancia de los cuerpos, tan sólo constituye una parte de esta sustancia. De este modo, no es sorprendente que no hayan descubierto en ella la fuerza motriz ni la facultad de sentir.

En mi opinión, ahora hay que empezar por ver que si hay un principio activo, en la esencia desconocida de la materia tiene que haber otra fuente además de la extensión. Lo que confirma que la simple extensión no da una idea completa de toda la esencia o forma metafísica de la sustancia de los cuerpos, por el único hecho de que ésta excluye la idea de toda actividad en la materia. Es por eso que, si demostramos este principio motor, si hacemos ver que la materia, lejos de ser tan indiferente, como se la cree comúnmente, al movimiento y a la quietud, debe considerarse como una sustancia activa a la vez que pasiva, ¿qué recurso tendrán los que han hecho consistir su esencia en la extensión?

Los dos principios que hemos mencionado, la extensión y la fuerza motriz, no son más que potencias de la sustancia de los cuerpos, pues, de igual modo que esta sustancia es susceptible de movimiento, sin tenerlo efectivamente, siempre posee a su vez, aun cuando no se mueve, la facultad de moverse.

Los antiguos han advertido verdaderamente que esta fuerza motriz no actuaba en la sustancia de los cuerpos, sino cuando esta sustancia se hallaba revestida de ciertas formas, y asimismo han observado que los diversos movimientos que ésta produce, se encuentran sujetos o regulados por estas diferentes formas. De ahí que las formas mediante las cuales la sustancia de los cuerpos no sólo puede moverse, sino moverse diversamente, han sido denominadas *formas materiales*.

A estos primeros maestros les bastaba arrojar la mirada sobre todos los fenómenos de la naturaleza, para descubrir en la sustancia de los cuerpos la fuerza de moverse por sí misma, o cuando ésta se halla en movimiento, que es otra sustancia la que se lo comunica. Pero, ¿acaso se ve en esta sustancia algo más que ella misma en acción? Si alguna vez parece recibir un movimiento que no tiene, ¿lo recibe acaso de otra causa independiente de este mismo tipo de sustancia, cuyas partes actúan unas sobre otras?

Si, por consiguiente, se supone otro agente, pregunto cuál es, y pido que se me den pruebas de su existencia, pero, en la medida en que no se tiene la menor idea acerca de éste, ni siquiera es un *ente*

razonable
[3].

Después de esto, está claro que los antiguos han debido reconocer fácilmente una fuerza intrínseca de movimiento en el interior de la sustancia de los cuerpos, puesto que por último no se puede probar ni concebir ninguna otra sustancia que actúe sobre ella.

Pero estos mismos autores han confesado al mismo tiempo, más bien probado, que era imposible comprender cómo podía operarse este misterio de la naturaleza, en la medida en que no se conoce la esencia de los cuerpos. Ignorando el agente, ¿cómo conocer efectivamente su manera de actuar? Y la dificultad dejaría de ser la misma, admitiendo otra sustancia, principalmente un ser del que no se tuviera idea alguna, y cuya existencia ni siquiera pudiera reconocerse razonablemente.

Tampoco infundadamente pensaron que la sustancia de los cuerpos, considerada sin forma alguna, no tenía ninguna actividad, sino que estaba *todo en potencia*
[4]. El cuerpo humano, por ejemplo, privado de la propia forma, ¿podría acaso ejecutar los movimientos que dependen de ella? De igual modo, sin el orden y disposición de todas las partes del universo, ¿podría acaso la materia que las compone producir los diversos fenómenos que impresionan nuestros sentidos?

Pero las partes de esta sustancia que reciben formas, no pueden dárselas a sí mismas, sino que siempre son otras partes de esta misma sustancia ya revestida de formas, quienes se las procuran. De este modo, es de la acción de estas partes, presionadas unas por otras, de donde nacen las formas por las cuales la fuerza motriz de los cuerpos pasa a ser efectivamente activa.

A mi parecer, las formas reproductoras de otras formas deben de reducirse al frío y al calor, como pretendieron los antiguos, porque en efecto, es por esas dos cualidades activas generales que se producen probablemente todos los cuerpos sublunares.

Descartes, genio hecho para fraguarse nuevas rutas y extraviarse, ha pretendido junto con algunos otros filósofos, que dios era la única causa eficiente del movimiento, y que lo imprimía a cada instante en todos los cuerpos. Pero este sentimiento no es más que una hipótesis, que él ha tratado de ajustar a las luces de la fe, y entonces eso ya no es hablar en calidad de filósofo, ni dirigirse a filósofos sobre todo a los que no se puede convencer si no es por la fuerza de la evidencia.

Los escolásticos cristianos de los últimos siglos percibieron perfectamente la importancia de esta simple reflexión, por eso se limitaron prudentemente a las solas luces puramente filosóficas en lo concerniente al movimiento de la materia, aunque hubieran podido hacer ver que dios mismo dijo que había «dotado de un principio activo a los elementos de la materia». *Génesis I. Isaías, 66.*

Llegados a este punto, se podría establecer una larga lista de autoridades, y tomar de los profesores más célebres, una sustancia de la doctrina de todos los demás. Pero sin un fárrago de citas, es evidente que la materia contiene esta fuerza motriz que la anima, y que es la causa inmediata de todas las leyes del movimiento.

Capítulo VI

LA FACULTAD SENSITIVA DE LA MATERIA

Hemos hablado de dos atributos esenciales de la materia, de los cuales dependen la mayor parte de sus propiedades, a saber, la extensión y la fuerza motriz. Ahora sólo nos queda probar un tercer atributo, quiero decir, la facultad de sentir, que los filósofos de todos los siglos han reconocido en esta misma sustancia. Digo todos los filósofos pese a no ignorar todos los esfuerzos que en vano han hecho los

---

[3] In utroque tandem utrumque. [En uno y otro por fin ambos.] *Academia quest.*, Lib. I.

[4] totum in fieri [Todo ello en trance de hacerse.]

cartesianos para despojarla de ella. Estos, no obstante, para evitar las dificultades insuperables, se han arrojado a un laberinto del que han creído salir mediante este absurdo sistema, según el cual «las bestias son puras máquinas».

Una opinión tan irrisible nunca ha sido admitida por los filósofos sino como una broma jocosa o un divertimento filosófico. Por tal motivo, no nos detendremos a refutarla. La experiencia no nos prueba menos la facultad de sentir en las bestias que en los hombres, pues yo que estoy completamente seguro de que siento, no tengo otra prueba del sentimiento de los demás hombres que los signos que emiten al respecto. El lenguaje convencional, me refiero a la palabra, no es el signo que lo expresa mejor, pues hay otro, común a los hombres y a los animales, que lo manifiesta con mayor certidumbre. Se trata del lenguaje afectivo, tal como los lamentos, los gritos, las caricias, la evasión, los suspiros, el canto, y en definitiva todas las expresiones de dolor, tristeza, aversión, temor, audacia, sumisión, cólera, placer, alegría, cariño, etc. Un lenguaje tan enérgico tiene mucha más fuerza para convencernos que todos los sofismas de Descartes para persuadirnos.

Tal vez los cartesianos, no pudiendo negarse a su propio sentimiento interior, se creían mejor fundados para reconocer la misma facultad de sentir en todos los hombres, que en los demás animales, porque estos últimos en verdad no tienen exactamente la figura humana. Pero estos filósofos, manteniéndose así en la superficie de las cosas, habrán examinado muy poco la perfecta semejanza que sorprende a los entendidos entre el hombre y la bestia, pues aquí sólo se trata de la similitud de los órganos de los sentidos, los cuales, excluyendo algunas modificaciones, son absolutamente los mismos, y acusan evidentemente los mismos hábitos.

Si este paralelo no ha sido aprehendido por Descartes, ni por sus partidarios, no ha escapado a los demás filósofos, y sobre todo a los que se han dedicado curiosamente a la *anatomía comparada.*

Nos hallamos ante otra dificultad que afecta aún más nuestro amor propio, y es nuestra imposibilidad para concebir esta propiedad como una dependencia o un atributo de la materia. Pero hay que vigilar que esta sustancia no se limite a hacernos perceptibles cosas inefables. ¿Se comprende mejor cómo la extensión deriva de su esencia, cómo puede ser movida por una fuerza primitiva cuya acción se ejerce sin contacto, y otras mil maravillas que se sustraen de tal modo a las instigaciones de los ojos más clarividentes, que no les muestran sino la cortina que las oculta, según la idea de un ilustre moderno?
[5]

Sin embargo, ¿no cabría suponer, como han hecho algunos, que el sentimiento que se observa en los cuerpos animados, pertenece a un ser distinto de la materia de estos cuerpos, a una sustancia de diferente naturaleza, y que se encuentra unida a ellos? ¿Nos permiten las luces de la razón admitir tales conjeturas? Nosotros sólo conocemos los cuerpos por la materia, y sólo observamos la facultad de sentir en estos cuerpos. ¿Sobre qué fundamento pues establecer un ser ideal, desmentido por todos nuestros conocimientos?

He aquí una nueva facultad que a su vez sólo residiría potencialmente en la materia, así como todas las demás que se han mencionado, y tal ha sido de nuevo el modo de pensar de los antiguos, cuya filosofía, pródiga en perspectivas y penetración, merecería ser elevada sobre los escombros de la de los modernos. Por mucho que estos últimos desdeñen fuentes demasiado alejadas de ellos, la filosofía antigua
[6] prevalecerá siempre ante aquellos que son dignos de juzgarla, porque ella constituye (al menos en relación al tema que trato) un sistema sólido, bien trabado, y como un cuerpo que falta a todos estos miembros dislocados de la física moderna.

Capítulo VII

LAS FORMAS SUSTANCIALES

---

[5] Leibniz.

[6] METAFÍSICA

Hemos visto que la materia es móvil, que tiene el poder de moverse por sí misma, que es susceptible de sensación y de sentimiento; pero no parece, al menos si uno se remite a la experiencia, esta gran maestra de los filósofos, que estas propiedades puedan entrar en ejercicio, antes de que esta sustancia, por así decir, sea vestida con algunas formas que le dan la facultad de moverse y de sentir. Por eso los antiguos consideraban estas formas, como participando en la realidad de los cuerpos, y de ahí que las denominaran *formas sustanciales*

[7]. En efecto, la materia considerada mediante abstracción, o independientemente de toda forma, es un ser incompleto, según el lenguaje de las escuelas, un ser que no existe en este estado, y sobre el cual ni el sentido ni la razón por lo menos tienen influencia alguna. En verdad, son pues las formas la que la hacen sensible, y, por así decir, la realizan. Así, aunque, rigurosamente hablando, éstas no sean sustancias, sino simples modificaciones de la materia, ha habido fundamento para denominarlas formas sustanciales, porque perfeccionan las sustancias de los cuerpos, y en cierto modo forman parte de él.

Por lo demás, con tal de que las ideas se expongan claramente, no tenemos interés alguno en reformar palabras consagradas por el uso, y que no pueden inducir a error, cuando se definen y comprenden bien.

Los antiguos habían dado el nombre de formas sustanciales sólo a las modificaciones que constituyen esencialmente los cuerpos y otorgan a cada uno de ellos caracteres que les distinguen uno de otro. Denominaban únicamente *formas accidentales*, las modificaciones que tienen lugar por accidente, y cuya destrucción no provoca necesariamente la de las formas que constituyen la naturaleza de los cuerpos; como el movimiento local del cuerpo humano, que puede cesar, sin alterar la integridad de su organización.

Las formas sustanciales han sido divididas en simples y en compuestas. Las formas simples son las que modifican las partes de la materia, tales como el tamaño, la figura, el movimiento, la quietud y la situación, y estas partes de la materia revestidas de tales formas, son lo que se llama *cuerpos simples* o *elementos*. Las formas compuestas consisten en la aglomeración de los cuerpos simples unidos y combinados en el orden y la cantidad necesaria para construir o formar los diferentes mixtos.

Los mismos filósofos de la antigüedad también han distinguido de algún modo dos tipos de formas sustanciales en los cuerpos vivientes, a saber las que constituyen las partes orgánicas de estos cuerpos, y las que se consideran como su principio de vida. Es a estas últimas que han denominado alma. La han clasificado de tres maneras: el alma vegetativa que pertenece a las plantas, el alma sensitiva, común al hombre y al animal, pero dado que la del hombre parece poseer mayor ascendente, funciones más amplias y perspectivas más grandes, la han llamado *alma razonable*. Digamos algo sobre el alma vegetativa. Pero previamente permítaseme responder a una objeción que me ha hecho un hombre hábil: «Vos no admitís en los animales —dice— ninguna sustancia que sea diferente de la materia como base del sentimiento: ¿por qué pues tratar de absurdo el cartesianismo por suponer que los animales son puras máquinas, y cuál es la diferencia tan grande que hay entre estas dos opiniones?». Yo respondo con una sola palabra: Descartes niega todo sentimiento, toda facultad de sentir a sus máquinas, o a la materia de la que supone que los animales están únicamente hechos, y yo pruebo claramente, si no me equivoco demasiado, que si hay un ser que se halle, por así decir, colmado de sentimiento, es el animal, el cual parece haberlo recibido todo con esta moneda, que (en otro sentido) falta a tantos hombres. He aquí la diferencia que hay entre el célebre moderno que acabo de citar, y el autor de esta obra.

Capítulo VIII

EL ALMA VEGETATIVA

Hemos referido que era necesario remitir al frío y al calor las formas productivas de todas las formas

[7] Goudin, T. II, p. 34, 98.

de los cuerpos. Ha aparecido un comentario excelente de esta doctrina de los antiguos, llevado a cabo por M. Quesnay. Este hombre hábil demuestra, mediante todas las investigaciones y experiencias de la física moderna, ingeniosamente reunidas en un *Tratado del fuego*, donde el *éter* sutilmente encendido desempeña de nuevo el primer rol en la formación de los cuerpos. M. Lamy, médico, no ha creído deber limitar así el influjo del éter, y explica la formación de las almas de todos los cuerpos por esta misma causa. El éter es un espíritu infinitamente sutil, una materia muy ligera y siempre en movimiento, conocida bajo el nombre de fuego puro y celeste, porque los antiguos habían ubicado su fuente en el sol, de donde según ellos, es arrojado en todos los cuerpos más o menos en relación a su naturaleza y a su consistencia; y «aunque por sí mismo no arde, en virtud de los diferentes movimientos que confiere a las partículas de los demás cuerpos en que está contenido, arde y hace que se sienta el calor. Todas las partes del mundo tienen cierta porción de este fuego elemental, que varios antiguos consideran el alma del mundo. El fuego visible tiene mucho de este espíritu, el aire también, el agua mucho menos, la tierra muy poco. Entre los mixtos, los minerales son los que tienen menos, las plantas más, y los animales mucho más aún. Este fuego, o este espíritu, constituye su alma, que aumenta con el cuerpo por mediación de los alimentos que aquéllos contienen, y del que se separa con el quilo, haciéndose finalmente capaz de sentimiento, gracias a cierta mezcla de humores, y a esta estructura particular de órganos que forman los cuerpos animados, ya que los animales, los minerales, las plantas incluso, y los huesos que son la base de nuestro cuerpo, no tienen sentimiento, aunque cada uno de ellos tenga alguna porción de este éter, pues no tienen la misma organización».

Los antiguos entendían por alma vegetativa la causa que dirige todas las operaciones de la generación, de la nutrición y del desarrollo de todos los cuerpos vivientes.

Los modernos, poco respetuosos en cuanto a la idea que estos primeros maestros tenían de esta especie de alma, la han confundido con la organización propia de los vegetales y animales, mientras que ésta es la causa que guía y dirige esta organización.

En efecto, la formación de los cuerpos vivientes no puede concebirse sin una causa que la presida, sin un principio que lo regule y lo conduzca todo a un fin determinado, ya sea que este principio consista en las leyes generales por las cuales

[8] se opera todo el mecanismo de las acciones de estos cuerpos, o que éste se limite a unas leyes particulares que originariamente residen o se incluyen en el germen de estos mismos cuerpos, y por las cuales se llevan a cabo todas sus funciones durante su desarrollo y su duración.

Los filósofos de que hablo, se ceñían a las propiedades de la materia para establecer dichos principios. Esta sustancia, a la cual atribuyen la facultad de moverse por sí misma, tenía también el poder de controlar sus movimientos, no pudiendo una cosa subsistir sin la otra, puesto que claramente se concibe que la misma potencia debe ser a su vez el principio de sus movimientos y el principio de esta determinación, que son dos cosas absolutamente individuales e inseparables. Por eso mismo, consideraban el alma vegetativa, como una forma sustancial puramente material, pese a la especie de inteligencia de la que no la imaginaban desprovista.

Capítulo IX

EL ALMA SENSITIVA DE LOS ANIMALES

El principio material, o la forma sustancial, que siente, discierne y conoce en los animales, ha sido denominado generalmente por los antiguos, *alma sensitiva*. Este principio debe distinguirse cuidadosamente del propio cuerpo orgánico de los animales, y de las operaciones de estos cuerpos, que aquéllos han atribuido al alma vegetativa, como acaba de observarse. Sin embargo, son los mismos órganos de estos cuerpos animados los que ocasionan a este ser sensitivo las sensaciones que lo afectan.

Se ha dado el nombre de sentidos a los órganos particularmente destinados a hacer nacer estas

[8] Boerhaave, *Elem. Chem*., p. 35-36. Brégé de sa théorie chimique, p. 6, 7.

sensaciones en el alma. Los médicos los dividen en sentidos externos y en sentidos internos, pero aquí sólo se trata de los primeros, que, como todo el mundo sabe, son cinco: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, cuyo imperio se extiende sobre un gran número de sensaciones , que son tipos de contacto.

Estos órganos actúan mediante la extremidad de los nervios, y una materia que fluye en el interior de su imperceptible cavidad y que es de tal sutilidad, que se le ha dado el nombre de espíritu animal. Este se halla tan bien demostrado en otra parte por multitud de experiencias y razonamientos sólidos, que no voy a perder el tiempo probando aquí su existencia.

Cuando los órganos de los sentidos son impresionados por algún objeto, los nervios que pertenecen a la estructura de estos órganos se alteran, y el movimiento de los espíritus modificado se transmite al cerebro hasta el *sensorio común*, es decir, hasta el mismo lugar, en que el alma sensitiva recibe las sensaciones por medio de este reflujo de espíritus, que por su movimiento actúan sobre ella. Si la impresión de un cuerpo sobre un nervio sensitivo es fuerte y profunda, y si ésta lo estira, lo desgarra, lo quema o lo rompe, eso para el alma representa una sensación que ya no es simple, sino dolorosa; y recíprocamente, sí el órgano sólo resulta afectado débilmente, no se produce ninguna sensación. Luego, para que los sentidos cumplan sus funciones, es preciso que los objetos impriman un movimiento proporcionado a la naturaleza débil o fuerte del órgano sensitivo.

Por consiguiente, no se produce ninguna sensación sin algún cambio en el órgano que le está destinado, o más bien en la sola superficie del nervio de este órgano. ¿Puede este cambio tener lugar mediante la *intromisión del cuerpo* que se hace sentir? No, las envolturas duras de los nervios hacen la cosa evidentemente imposible. Este cambio sólo es producido por las diversas propiedades de los cuerpos sensibles, y de allí nacen las diferentes sensaciones.

Muchas experiencias nos han dado a conocer que efectivamente es en el cerebro, donde el alma es afectada por las sensaciones propias del animal, pues cuando esta parte recibe una herida considerable, el animal deja de tener sentimiento, discernimiento y conocimiento. Todas las partes que están por encima de las llagas y ligamentos, conservan entre sí y el cerebro el movimiento y el sentimiento, siempre perdido por debajo entre el ligamento y la extremidad. La sección, la corrupción de los nervios y del cerebro, así como la misma comprensión de esta parte, etc., han enseñado a Galeno la misma verdad. Este sabio ha conocido pues perfectamente el asiento del alma, y la absoluta necesidad de los nervios por cuanto se refiere a las sensaciones; ha sabido 1.º que el alma siente, y que realmente sólo es afectada en el cerebro por los sentimientos propios del animal, y 2.º que no tiene facultad de sentir ni de conocer, sino en la medida en que recibe la impresión actual de los espíritus animales.

No vamos a referir aquí las opiniones de Aristóteles, Crisipo, Platón, Descartes, Vicussens, Rosset, Willis, Lancisi, etc. Sería preciso remitirse siempre a Galeno, como a la verdad misma. Tampoco Hipócrates parece haber ignorado dónde reside el alma.

No obstante, la mayoría de los filósofos antiguos, empezando por los estoicos, y entre los modernos Perrault, Stuart y Tabor, han pensado que el alma sentía en todas las partes del cuerpo, porque en todas ellas hay nervios. Pero nosotros no tenemos ninguna prueba de una sensibilidad tan universalmente difundida. La experiencia nos ha mostrado incluso que, cuando una parte del cuerpo se mutila, el alma tiene sensaciones, que parece seguir procurándole la parte inexistente. El alma no siente pues en el mismo lugar en que cree sentir. Su error consiste en la manera en que siente, y que le hace remitir su propio sentimiento a los órganos que se lo ocasionan, y le advierten en cierto modo de la impresión que ellos mismos reciben de las causas exteriores. Sin embargo, no podemos asegurar que la sustancia de estos órganos no sea también susceptible de sentimiento y que efectivamente no los tenga. Pero estas modificaciones sólo podrían experimentarse en la sustancia misma, no en el todo, es decir, en el animal al que no corresponden, y de nada sirven.

Como las dudas que pueden tenerse al respecto sólo se fundan en conjeturas, no vamos a detenemos más que en aquello que la experiencia, la única que debe guiarnos, os enseña sobre las sensaciones que el alma recibe en los cuerpos animados.

Muchos autores ubican el asiento del alma casi en un solo punto del cerebro, y en un solo punto del cuerpo calloso, desde donde, como desde su trono, ésta rige todas las partes del cuerpo.

Al ser sensitivo así aislado y contenido en límites tan estrechos, lo distinguen, 1.º de todos los cuerpos animados, cuyos diversos órganos compiten únicamente para procurarle sus sensaciones, y 2.º

de los espíritus que propiamente le impresionan, le mueven, le penetran mediante la diversa fuerza de su choque, y que le hacen sentir de modo tan diverso.

Para hacer su idea más perceptible, comparan el alma con el timbre de un reloj, porque en efecto el alma está de alguna manera en el cuerpo, como el timbre en el reloj. Todo el cuerpo de esta máquina, los resortes, las ruedas no son sino instrumentos, que, mediante sus movimientos, concurren juntamente a la regularidad de la acción del martinete sobre el timbre, que espera, por así decir, esta acción, y no hace otra cosa que recibirla, pues, cuando el martinete no golpea el timbre, se halla como aislado de todo el cuerpo del reloj, y no participa para nada en todos estos movimientos.

Así es el alma durante un sueño profundo. Privada de toda sensación, sin ningún conocimiento de todo lo que acontece dentro y fuera del cuerpo que ocupa, parece esperar el despertar, para recibir de algún modo el golpe de martinete dado por los espíritus sobre su timbre. En efecto, sólo durante la vigilia puede ser afectada por diversas sensaciones, las cuales le dan a conocer la naturaleza de las impresiones que los cuerpos externos comunican a los órganos.

Que el alma sólo habite un punto del cerebro, o que tenga una sede más extensa, poco importa para nuestro sistema. Cierto es que, a juzgar por el calor, la humedad, la aspereza, el dolor, etc., y por el hecho de que todos los nervios sienten de igual modo, se creería que todos debieran estar íntimamente unidos para formar esta especie de cita de todas las sensaciones. Sin embargo, se verá

que los nervios no se reúnen en ningún lugar del cerebro, ni del cerebelo, ni de la médula espinal.

Sea como sea, una vez establecidos los principios que postulamos, debe verse que ninguno de nuestros conocimientos, ni siquiera los más habituales o más familiares al alma, residen en ella

salvo en el momento en que es afectada por ellos. Lo habitual de estos conocimientos tan sólo consiste en las modificaciones permanentes del movimiento de los espíritus, que se los presentan, o más bien que se los procuran muy frecuentemente. De lo que se deduce que en la frecuente repetición de los mismos movimientos es donde residen la memoria, la imaginación, las inclinaciones, las pasiones, y todas las demás facultades que ordenan las ideas, mantienen el orden y hacen las sensaciones más o menos fuertes y difundidas. Y de ahí proceden además la penetración, la concepción, el ajuste y encadenamiento de los conocimientos, según el grado de excelencia o perfección de los órganos de los diferentes animales.

Capítulo X

FACULTADES DEL CUERPO QUE CORRESPONDEN AL ALMA SENSITIVA

Los filósofos han atribuido al alma sensitiva todas las facultades que sirven para excitarle sensaciones. No obstante, es preciso distinguir estas facultades que son puramente mecánicas, de las que pertenecen verdaderamente al ser sensitivo. Por eso vamos a reducirlas a dos clases.

Las facultades del cuerpo que procuran sensaciones, son las que dependen de los órganos de los sentidos, y únicamente del movimiento de los espíritus contenidos en los nervios de estos órganos, y de las modificaciones de estos movimientos. Tal es la diversidad de movimientos de los espíritus excitados en los nervios de los diferentes órganos, y que hacen nacer las diversas sensaciones dependientes de cada uno de ellos en el mismo instante en que son impresionados o afectados por objetos exteriores. Referiremos también aquí las modificaciones habituales de estos mismos movimientos, que evocan necesariamente las mismas sensaciones que el alma ya había recibido mediante la impresión de los objetos sobre los sentidos. Estas modificaciones, que se repiten constantemente, constituyen la memoria, la imaginación y las pasiones.

Pero, se dan otras igualmente ordinarias y habituales, que no proceden de la misma fuente, sino que originariamente dependen de las diversas disposiciones orgánicas de los cuerpos animados, las cuales dan lugar a las inclinaciones, los apetitos, la penetración, el instinto y la concepción.

La segunda clase contiene las facultades que pertenecen propiamente al ser sensitivo, tales como las sensaciones, las percepciones, los conocimientos, etc.

Los sentidos

La diversidad de sensaciones varía según la naturaleza de los órganos que las transmiten al alma, el oído lleva al ama la sensación del ruido o del sonido, la vista le imprime los sentimientos de luz y color, que presentan la imagen de los objetos que se ofrecen a sus ojos. El alma recibe del olfato todas las sensaciones conocidas bajo el nombre de olores, los sabores le vienen por el gusto, y el tacto por último, este sentido universalmente difundido por toda la constitución del cuerpo, hace nacer las sensaciones de todas las cualidades llamadas *táctiles*, tales como el calor, el frío, la dureza, la suavidad, lo pulido, lo áspero, el dolor y el placer, que dependen de los diversos órganos del tacto, entre los cuales incluimos las partes destinadas a la procreación, cuyo vivo sentimiento penetra y transporta al alma a los más dulces y felices momentos de nuestra existencia.

Ya que el nervio óptico y el nervio acústico son únicos, uno ve los colores, el otro oye los sonidos, ya que sólo los nervios motores llevan al alma la idea de los movimientos, y que los olores no se hacen susceptibles más que por medio del olfato, etc., se deduce que cada nervio específico da lugar a sensaciones diferentes, y que de este modo el *sensorio común* tiene, por así decir, diversos territorios, cada uno de los cuales tiene su nervio, y recibe y aloja las ideas traídas por este conducto. Sin embargo, no hay que ubicar en los nervios mismos la causa de la diversidad de sensaciones, pues la expansión del nervio auditivo se parece a la retina, y, no obstante, se derivan sensaciones completamente opuestas. Esta variedad parece depender claramente de la de los órganos situados delante de los nervios, de manera que un órgano dióptrico, por ejemplo, debe de servir naturalmente para la visión.

Los diversos sentidos no sólo excitan sensaciones diferentes, sino que cada uno de ellos varía además al infinito las que lleva al alma, según las diferentes maneras en que son afectados por los cuerpos externos. Por eso la sensación de ruido puede ser modificada por una multitud de tonos diferentes, y puede hacer que el alma perciba la distancia y el lugar de la causa que produce esta sensación. Los ojos pueden de igual modo, modificando la luz, dar sensaciones más o menos vivas de la luz y de los colores, y formar en virtud de estas diferentes modificaciones las ideas extensas de figura, distancia, etc. Todo lo que se ha dicho es exactamente cierto de los demás sentidos.

Mecanismo de las sensaciones

Intentemos penetrar en el mecanismo más sutil de las sensaciones sirviéndonos del ojo. En la medida en que el ojo es el único de todos los órganos sensitivos, donde se pinta y representa visiblemente la acción de los objetos exteriores, sólo él puede ayudamos a concebir cuál es el cambio que estos objetos hacen experimentar a los nervios impresionados por ellos. Tomad un ojo de buey, quitadle diestramente la esclerótica y la coroides, y en el lugar donde se encontraba la primera de estas membranas, colocad un papel cuya concavidad se ajuste perfectamente a la convexidad del ojo. A continuación, poned el cuerpo que sea ante el agujero de la pupila, y veréis la imagen de ese cuerpo en el fondo del ojo de un modo completamente distinto. De lo que concluyo de paso que la visión no tiene su sede en la coroides, sino en la retina.

¿En qué consiste la pintura de los objetos? En una representación proporcionalmente diminutiva de los rayos luminosos que parten de estos objetos. Esta representación da lugar a una impresión cuya pulcritud no puede ser mayor, como es fácil de comprobar con los rayos de la luna llena, que, concentrados en el foco de un espejo, arden, y, reflejados en el termómetro más sensible, no hacen ascender el líquido de este instrumento en modo alguno. Si además se considera que en esta expansión del nervio óptico hay tantas fibras como puntos hay en la imagen del objeto, y que estas fibras son infinitamente tiernas y blandas, y que apenas forman una verdadera pulpa o médula nerviosa, no sólo se concebirá que cada fibrilla únicamente contenga una pequeña porción de los rayos, sino que a causa de su extrema delicadeza, sólo reciba de ellos un cambio simple, ligero, débil, o muy superficial. En consecuencia, los espíritus animales apenas excitados, refluirán con la mayor lentitud: a medida que retrocedan hacia el origen del nervio óptico, su movimiento se retardará cada vez más, y por consiguiente la impresión de esta pintura no podrá extenderse, ni propagarse a lo largo de la cuerda óptica, sin debilitarse. ¿Qué pensáis ahora de esta impresión que es llevada hasta el alma misma? ¿No debe ésta recibir un efecto tan suave, que apenas lo sienta?

Nuevas experiencias vienen aún en apoyo de esta teoría. Poned la oreja en el extremo de un árbol derecho y alto, mientras se raspa suavemente con la uña en el otro extremo. Una causa tan débil debe

producir tan poco ruido, que parecería deber ahogarse o perderse en la profundidad del bosque. En efecto, se pierde para todos los demás, y sólo vos oís un ruido sordo, casi imperceptible. Lo mismo ocurre en pequeño en el nervio óptico, porque es infinitamente menos sólido. La impresión, una vez recibida por la extremidad de un canal cilíndrico, lleno de un fluido no elástico, debe necesariamente llegar hasta el otro extremo, como en este bosque al que acabo de referirme, y en la experiencia tan conocida de las bolas de billar. Luego los nervios son tubos cilíndricos, al menos cada fibra sensible, nerviosa, muestra claramente esta figura.

Pero unos cilindrillos de diámetro tan estrecho no pueden contener verosímilmente más que un solo glóbulo en fila, y una cadena o hilera de espíritus animales. Ello deriva de la extrema facilidad que tienen estos fluidos para moverse ante el menor choque, o de la regularidad de sus movimientos, de la precisión, de la fidelidad de sus huellas, y de las ideas que resultan de ello en el cerebro. Efectos todos que prueban cómo el jugo nervioso está compuesto de elementos globulosos, que nadan, quizá, en una materia etérea, y que serían inexplicables, suponiendo en los nervios, al igual que en los otros vasos, diversas especies de glóbulos cuyo torbellino transformaría al hombre más atento y prudente en lo que se llama un hombre francamente aturdido.

Que el fluido nervioso tenga o no resorte, cualquiera que sea el aspecto de los elementos, si se quieren explicar los fenómenos de las sensaciones, hay que admitir: 1.º la existencia y la circulación de los espíritus; 2.º estos mismos espíritus que puestos en movimiento mediante la acción de los cuerpos externos, retroceden hasta el alma; y 3.º una sola hilera de glóbulos esféricos, en cada fibra cilíndrica, para correr al menor tacto, y para galopar a la menor señal de la voluntad. Establecido esto, con qué velocidad el primer glóbulo empujado debe empujar al último, y arrojarlo, por así decir, sobre el alma, que se despierta ante este martillazo, y recibe ideas más o menos vivas, en relación con el movimiento que le ha sido imprimido. Esto conduce naturalmente a las leyes de las sensaciones: hélas aquí.

Leyes de las sensaciones

1ª Ley: cuanto más distintamente actúa un objeto sobre el *sensorio*, la idea a que da lugar más neta y distinta es.

2ª Ley: cuanto más vivamente actúa sobre la misma parte material del cerebro, más clara es la idea.

3ª Ley: la misma claridad resulta de la impresión de los objetos renovada a menudo.

4ª Ley: cuanto más viva es la acción del objeto, más diferente de toda otra o extraordinaria es, y más viva y sorprendente es la idea. Con frecuencia no se la puede ahuyentar mediante otras ideas, como Spinoza dice haber experimentado, cuando vio a uno de esos hombres inmensos del Brasil. Así un blanco y un negro que se ven por primera vez, no se olvidarán jamás, porque el alma se detiene a mirar un objeto extraordinario largo rato, piensa en él y le absorbe sin cesar. El espíritu y los ojos pasan ligeramente sobre las cosas que ocurren todos los días. Una planta nueva sólo sorprende al botánico. Ahí se ve también que es peligroso suministrar a los niños ideas espantosas, como el miedo al diablo, al lobo, etc.

Sólo reflexionando sobre las nociones simples, se llega a abordar las ideas complicadas: es preciso que las primeras se representen claramente al alma, y que ésta las conciba distintamente una tras otra, es decir, que se ha de escoger un solo sujeto simple, que actúe por entero sobre el *sensorio*, y no sea perturbado por ningún otro objeto, a la manera de los geómetras, que por hábito poseen el talento que la enfermedad da a los melancólicos de no perder de vista su objeto. Es la primera conclusión que se debe desprender de nuestra primera ley. La segunda es que vale más meditar que estudiar en voz alta como los niños y los colegiales, pues sólo se retienen sonidos, que un nuevo torrente de ideas se lleva continuamente. Por lo demás, según la tercera ley, las huellas que se marcan con mayor frecuencia, son más difíciles de borrar, y aquellos que no tienen ninguna predisposición para meditar, apenas pueden aprender sino es por la mala costumbre que he mencionado.

Por último, al igual que un objeto que se quiere ver claramente en el microscopio debe estar bien iluminado mientras todas las partes adyacentes se hallan en la oscuridad, para oír distintamente un ruido que en principio pareciera confuso, basta escuchar atentamente, pues el sonido, al encontrar una oreja bien preparada y armónicamente dispuesta, impresiona el cerebro más vivamente. Por los mismos medios, un razonamiento que pareciera muy oscuro, resulta finalmente claro, como se desprende de la

segunda ley.

Las sensaciones no dan a conocer la naturaleza de los cuerpos, y cambian con los órganos

Por luminosas que sean nuestras sensaciones, jamás nos ilustran acerca de la naturaleza del objeto activo, ni acerca de la del órgano pasivo. La figura, el movimiento, la masa, la duración son así atributos de los cuerpos sobre los cuales nuestros sentidos tienen alguna influencia. Pero, ¿cuántas otras propiedades hay, que residan en los últimos elementos de los cuerpos y no sean aprehendidos por nuestros órganos, con los cuales éstas sólo tienen una relación confusa que las expresa mal o nada? Los colores, el calor, el dolor, el gusto, el tacto, etc., varían a tal punto, que el mismo cuerpo

parece tan pronto caliente como frío a la misma persona. Luego, el órgano sensitivo por consiguiente no recuerda al alma el verdadero estado de los cuerpos. ¿No cambian también los colores, según las modificaciones de la luz? Estos no pueden considerarse entonces como propiedades de los cuerpos. El alma juzga confusamente gustos, que ni siquiera le ponen de manifiesto la figura de las sales.

Digo más: tampoco se conciben mejor las primeras cualidades de los cuerpos. Las ideas de tamaño, dureza, etc., sólo son determinadas por nuestros órganos. Con otros sentidos, tendríamos ideas diferentes de los mismos atributos, como con otras ideas pensaríamos de otro modo acerca de todo lo que se llama obra del intelecto o del sentimiento. Pero espero hablar de este tema en otra parte.

Si todos los cuerpos tuvieran el mismo movimiento, la misma figura, la misma densidad, por diferentes que fueran asimismo entre ellos, se deduce la posibilidad de creer que no hay más que un solo cuerpo en la naturaleza, porque todos afectarían de la misma manera el órgano sensitivo.

Nuestras ideas no proceden del conocimiento de las propiedades de los cuerpos, ni de aquello que motiva el cambio que experimentan nuestros órganos. Estas se forman por este mero cambio. Según su naturaleza y sus grados, en nuestra alma se elevan ideas que no tienen ninguna relación con sus causas ocasionales y eficientes, ni sin duda con la voluntad, a pesar de la cual se abren paso en la médula del cerebro. El dolor, el calor, el color rojo o el blanco, no tienen nada en común con el fuego o la llama, la idea de este elemento es tan ajena a estas sensaciones, que un hombre sin ningún barniz de física no la concebirá jamás.

Por lo demás, las sensaciones cambian con los órganos; por ejemplo, en ciertas ictericias, todo parece amarillo. Cambiad con el dedo el eje de la visión, multiplicaréis los objetos, y variaréis a vuestro antojo su posición y actitudes. Los sabañones, etc., hacen perder el uso del tacto. El más pequeño obstáculo en el canal de Eustaquio basta para quedarse sordo. Las flores blancas insensibilizan por completo la vagina. Una telilla sobre la córnea, según coincida más o menos con el centro de la pupila, hace ver diversamente los objetos. Las cataratas, la amaurosis, etc., provocan la ceguera.

Las sensaciones no representan en absoluto las cosas, tal como son en sí mismas, puesto que dependen enteramente de las partes corporales que les abren paso.

Pero, ¿nos engañan por eso? No, por supuesto, pese a lo que se diga, ya que nos han sido dadas más para la conservación de nuestra máquina, que para adquirir conocimientos. La reflexión de la luz produce un color amarillo en un ojo lleno de bilis; el alma debe entonces ver amarillo. La sal y el azúcar imprimen movimientos opuestos en las papilas del gusto, en consecuencia se tendrán ideas contrarias, que harán encontrar una cosa salada y otra dulce. A decir verdad, los sentidos no nos engañan nunca, a menos que juzguemos con demasiada precipitación las relaciones, pues son ministros fieles. El alma puede contar con que le advertirán seguramente de todas las emboscadas que se le tiendan, ya que los sentidos velan sin cesar, y están siempre dispuestos a corregirse los errores unos a otros. Pero, en la medida en que el alma depende a su vez de los órganos que la sirven, si todos los sentidos se engañan a sí mismos, ¿cómo impedir que el *sensorio común* participe en un error tan general?

Razones anatómicas de la diversidad de sensaciones

Incluso aunque todos los nervios se parecieran, las sensaciones no dejarían de ser menos diversas. Pero además de ser ciertamente así, salvo en el caso de los nervios ópticos y acústicos, lo que ocurre

es que los nervios están realmente separados en el cerebro: 1.º el origen de los nervios no debe de hallarse muy alejado del lugar en que el escalpelo los muestra y ya no puede seguirlos, como se observa en los nervios auditivos y patéticos; 2.º sin microscopio se ve claramente que los principios nerviosos están bastante separados (ello se pone de manifiesto sobre todo en los nervios olfativos, ópticos y auditivos, que se encuentran a una gran distancia uno de otro) y que las fibras nerviosas no siguen las mismas direcciones, como siguen demostrándolo los nervios que acabo de nombrar; 3.º la extrema blandura de todas estas fibras hace que se confundan fácilmente con la médula, la 4.ª y 8.ª pareja pueden servir aquí de ejemplo; 4.º la sola impenetrabilidad de los cuerpos es tal, que los primeros filamentos de tantos nervios diferentes no pueden reunirse en un solo punto; 5.º la diversidad de las sensaciones, tales como el calor, el dolor, el ruido, el color, el olor, que se experimentan a la vez; y estos dos sentimientos distintos provocados por el tacto de un dedo de la mano derecha, y de un dedo de la mano izquierda, o incluso por un mero cuerpecito redondo, que se hace deslizar bajo un dedo sobre el cual el dedo contiguo está replegado, todo demuestra que cada sentido tiene su pequeño departamento particular en la médula del cerebro, y que de este modo la sede del alma se compone de tantas partes, corno sensaciones les corresponden. Pero, ¿quién podría nombrarlas? Y ¿cuántas razones para multiplicar y modificar el sentimiento al infinito? El tejido de las envolturas de los nervios que puede ser más o menos sólido, su pulpa más o menos blanda, su situación más o menos inerte, su diversa construcción, en uno y otro extremo, etc.

De lo que hemos dicho hasta ahora se deduce, que cada nervio difiere de los demás desde que nace, y, en consecuencia, no parece llevar al alma más que un tipo de sensaciones o de ideas. En efecto, la historia fisiológica de todos los sentidos prueba que cada nervio tiene un sentimiento relativo a su naturaleza, y más aún a la del órgano a través del cual se modifican las expresiones externas. Si el órgano es dióptrico, da la idea de la luz y de los colores, y si es acústico, se oye, corno ya se ha dicho, etc.

La pequeñez de las ideas

Estas impresiones de los cuerpos exteriores constituyen pues la verdadera causa física de todas nuestras ideas. Pero, ¡cuán extraordinariamente pequeña es esta causa! Cuando se mira el cielo a través de un agujero lo más pequeño posible, todo este vasto hemisferio se pinta en el fondo del ojo, y su imagen es mucho más pequeña que el agujero por donde ha pasado. ¿Qué ocurriría con una estrella de un tamaño seis veces menor, o que fuera la sexta parte de un glóbulo sanguíneo? El alma, sin embargo, la ve claramente con un buen microscopio. ¿Cuál es la causa infinitamente exigua, y, por consiguiente, cuál debe ser el destierro de nuestras sensaciones y de nuestras ideas? ¡Cuán necesario parece este destierro de sensaciones e ideas en relación a la inmensidad de la memoria! ¿Dónde alojar en efecto tantos conocimientos, sin el pequeño espacio que necesitan, y sin la extensión de la médula del cerebro y de los diversos lugares en que habitan?

Diferentes sedes del alma

Para fijar o marcar con precisión cuáles son estos diversos territorios de nuestras ideas, es necesario recurrir de nuevo a la anatomía, sin la cual no se conoce nada del cuerpo, y con la cual por sí sola se pueden levantar la mayoría de los velos que sustraen el alma a la curiosidad de nuestras miradas y de nuestras pesquisas. Cada nervio tiene su origen en el lugar donde termina la última arteriola de la sustancia cortical del cerebro, y ahí mismo es donde empieza visiblemente el filamento medular, que parte de este fino conducto que se ve nacer y salir sin microscopio. Tal es realmente el lugar del que la mayoría de nervios parecen extraer su origen, donde se reúnen y donde el ser sensitivo parece refugiado. ¿Es posible que las sensaciones y los movimientos animales estén razonablemente situados en la arteria? Este conducto está privado de sentimiento por sí mismo, y no hay fuerza de voluntad que lo cambie. Las sensaciones tampoco están en el nervio por debajo de su continuidad con la médula: las llagas y otras observaciones nos persuaden de ello. Los movimientos a su vez no tienen su sede por debajo de la continuidad del nervio con la arteria, puesto que todo nervio se mueve a capricho de la voluntad. Ahí tenemos al *sensorio* bien establecido en la médula, y hasta el mismo origen arterial de esta sustancia

medular. De donde se deduce una vez más que la sede del alma es más extensa de lo que se imagina, aunque sus límites seguirían siendo quizá demasiado estrechos para un hombre, sobre todo muy sabio, sin la inmensa pequeñez o destierro de las ideas de que hemos hablado.

Extensión del alma

Si la sede del alma tiene cierta extensión, si ésta siente en diversos lugares del cerebro, o, lo que es lo mismo, si verdaderamente tiene diferentes sedes, no puede ser inextensa de ningún modo, como Descartes pretende, pues en su sistema, el alma no podría actuar sobre el cuerpo, y sería tan imposible explicar la unión y la acción recíproca de las dos sustancias, como fácil para los que piensan que no es posible concebir ningún ser sin extensión. En efecto, el cuerpo y el alma son dos naturalezas completamente opuestas, según Descartes, y el cuerpo sólo es capaz de movimiento, como el alma, de conocimiento, de modo que no es posible que el alma actúe sobre el cuerpo, ni el cuerpo sobre el alma. Si el cuerpo se mueve, el alma, no hallándose sujeta a los movimientos, no sentirá golpe alguno. Si el alma piensa, el cuerpo no sentirá nada, puesto que sólo obedece al movimiento.

¿No es decir con Lucrecio que el alma al no ser material no puede actuar sobre el cuerpo, o que lo es efectivamente, puesto que lo afecta y lo mueve de tantas maneras? Lo que sólo puede convenir a un cuerpo.[9]

Por pequeña e imperceptible que se suponga la extensión del alma, pese a los fenómenos que parecen probar lo contrario, y que demostrarían más bien [10] varias almas, antes que un alma sin extensión, es preciso que haya una, cualquiera que ésta sea, puesto que toca inmediatamente esta otra extensión enorme del cuerpo, al igual como se concibe que el globo del mundo fuera afectado en toda su superficie por un granito de arena que se colocara en su cumbre. La extensión del alma constituye de alguna manera el cuerpo de este ser sensible y activo, al igual que la intimidad de su relación, pues es tal, que se creería que las dos sustancias individualmente asociadas y unidas forman un solo todo. Aristóteles [11] dice que no hay alma sin cuerpo, y que el alma no es un cuerpo. A decir verdad, aunque el alma actúe sobre el cuerpo y se defina sin duda por una actividad que le corresponde, no sé con todo si jamás es activa antes de haber sido pasiva, pues, parece que el alma para actuar, tiene necesidad de recibir las impresiones de los espíritus modificados por las facultades corporales. Eso es lo que quizá ha hecho decir a varios que el alma depende tanto del temperamento y de la disposición de los órganos, como se perfecciona y embellece con ellos.

Daos cuenta que para explicar la unión del alma y el cuerpo es innecesario torturarse tanto la cabeza, como han hecho estos grandes genios, Aristóteles, Platón, Descartes, Malebranche, Leibniz, Staal, y que a uno le basta seguir su camino, en lugar de mirar hacia atrás o de lado, cuando la verdad se tiene ante sí. Pero hay personas, cuyos prejuicios son tales, que ni siquiera se agacharían para recoger la verdad, si la encontrasen donde no quieren que esté.

Después de todo lo dicho aquí sobre el diverso origen de los nervios y las diferentes sedes del alma, concebís perfectamente posible que haya algo de verdad en todas las opiniones de los autores a este respecto, por muy opuestas que parezcan, y puesto que las enfermedades del cerebro, según el lugar que atacan, suprimen tan pronto un sentido como otro, ¿acaso se equivocan más los que ubican la sede del

---

[9] *Tangere enim et cangi, nisi corpus, nulla potest res.* Pues cosa ninguna si no es cuerpo puede tocar y ser tocada.

[10] Algunos filósofos antiguos las han admitido, para explicar las diferentes contradicciones en que el alma se sorprende a sí misma, tales como por ejemplo los llantos de una mujer que se enojara mucho viendo resucitar a su marido, y viceversa.

[11] De anima, text. 26 c. 3.

alma en las nalgas o en los testículos, que aquellos que quisieran marginarla en el *centro oval*, en los cuerpos callosos, o incluso en la *glándula pineal*? Podremos pues aplicar a toda la médula del cerebro lo que Virgilio dice [12] de todo el cuerpo, en el que pretende que el alma se halla difundida, así como lo que dicen los estoicos.

En efecto, ¿dónde está vuestra alma, cuando vuestro olfato le comunica olores que le placen o le disgustan, si no es en estas capas de donde los nervios olfativos extraen su origen? ¿Dónde está cuando se deleita contemplando un cielo claro, una bella perspectiva, si no es en las capas ópticas? Para oír, es preciso que se encuentre situada en el lugar de nacimiento del nervio auditivo, etcétera. Todo corrobora, en efecto, que este timbre al que hemos comparado el alma, para dar de ella una idea sensible, se encuentra en varios sitios del cerebro, en la medida en que realmente se hace sonar en varias puertas. Pero, con ello no pretendo decir que hay varias almas, pues una sola basta sin duda con la extensión de esta sede medular que nos hemos visto forzados a concederle debido a la experiencia. Esta basta, insisto, para actuar, sentir y pensar, tanto como los órganos se lo permiten.

El ser sensitivo es por consiguiente material

No obstante, ¡cuántas dudas se elevan en mi alma, y cuán débil y limitado es nuestro entendimiento! Mi alma muestra claramente, no el pensamiento que le es accidental, pese a lo que digan los cartesianos, sino actividad y sensibilidad. He aquí dos propiedades indiscutibles, reconocidas por todos los filósofos que no se han dejado cegar por el espíritu sistemático, el más peligroso de los espíritus. Ahora bien, según se dice, todas las propiedades suponen un sujeto que constituya su base, que exista por sí mismo, y al que pertenezcan de derecho estas mismas propiedades. De ahí se concluye que el alma es un ser separado del cuerpo, una especie de *mónada espiritual*, una *forma subsistente*, como dicen los diestros y prudentes escolásticos, es decir, una sustancia cuya vida no depende de la del cuerpo. Sin duda, no se puede razonar mejor, pero, ¿por qué motivo he de imaginar estas propiedades de una naturaleza completamente distinta de la del cuerpo, cuando veo claramente que es la misma organización de la médula en los primeros comienzos de su nacimiento (es decir al final del córtex) la que ejerce tan libremente en el estado sano todas estas propiedades? Son multitud de observaciones y experiencias ciertas, las que me prueban lo que anticipo, en lugar de aquellos que, diciendo lo contrario, pueden ostentarnos mucha metafísica, sin darnos una sola idea. Pero, ¿serán fibras medulares las que formen el alma? Y, ¿cómo concebir que la materia pueda sentir y pensar? Reconozco que no lo concibo, pero, independientemente de que sea impío limitar el todo-poder del creador, arguyendo que no ha podido hacer pensar a la materia, él, que de una palabra hizo la luz, ¿debo acaso despojar a un ser de las propiedades que impresionan mis sentidos, porque la esencia de este ser me es desconocido? Yo, en el cerebro no veo más que materia, extensión, como se ha probado, en su parte sensitiva: viva, sana y bien organizada, esta víscera contiene en el origen de los nervios un principio activo difundido en la sustancia medular. Veo este principio que siente y piensa, descomponiéndose, durmiéndose y apagándose con el cuerpo. ¡Qué digo! El alma es la primera en dormirse, su fuego se extingue a medida que las fibras de que parece hecha se debilitan y caen unas encima de otras. Si todo se explica por lo que la anatomía y la fisiología me descubren en la médula, ¡qué necesidad tengo de forjar un ser ideal! Si confundo el alma con los órganos corporales, se deberá a que todos los fenómenos me impulsan a ello, y que, por otra parte, dios no ha dado a mi alma ninguna idea de sí misma, sino sólo el suficiente discernimiento y buena fe para reconocerse en cualquier espejo y no ruborizarse por haber nacido en el fango. Si es virtuosa y se adorna con mil conocimientos hermosos, es bastante noble y bastante recomendable.

Confío exponer los fenómenos que acabo de mencionar, cuando vayamos a ver el poco imperio del alma sobre el cuerpo, y cómo la voluntad le está sometida. Pero el orden de las materias que trato exige

---

[12] *... totos diffusa per artus / Deus agitat molem, et magno se corpore miscet.* Por los miembros todos, un Dios mueve la masa y se mezcla con el gran cuerpo. Virgílio, *Eneida*, Libro VI.

que la memoria suceda a las sensaciones, las cuales me han llevado más lejos de lo que pensaba.

La Memoria

Todo juicio es la comparación de dos ideas que el alma hace distinguir una de otra. Pero, como en el mismo instante sólo puede contemplar una idea si no tengo memoria, cuando voy a comparar la segunda idea, no reencuentro la primera. Así (es una reparación de honor a la memoria demasiado desacreditada), ni memoria, ni juicio. Ni la palabra, ni el conocimiento de las cosas, ni el sentimiento interno de nuestra propia existencia pueden ciertamente morar en nosotros sin memoria. ¿Se olvida uno que ha sabido? Parece que no se haga más que salir de la nada, ya no se sabe si se ha existido, ni si se continuará existiendo por algún tiempo. *Wepser* habla de un enfermo que había perdido incluso las ideas de las cosas, y ya no tenía percepciones exactas, pues confundía la parte cóncava de la cuchara con el mango. Cita a otro que jamás podía terminar una frase, porque antes de terminarla, había olvidado el comienzo, y refiere la historia de un tercero, que por falta de memoria ya no podía deletrear, ni leer. La Motte menciona a alguien que había perdido la costumbre de emitir sonidos y de hablar. En ciertas afecciones del cerebro, no es extraño ver enfermos que ignoran el hambre y la sed. *Bonnet* cita multitud de esos ejemplos. Por último, un hombre que perdiera la memoria por completo, sería un átomo pensante, si es que se puede pensar sin ella; desconocido para sí mismo, ignoraría cuanto le acaeciera, y no se acordaría de nada.

La causa de la memoria es mecánica totalmente, ya que ésta misma parece depender del hecho de que las impresiones corporales del cerebro, que son las huellas de las ideas que se suceden, sean vecinas, y ya que el alma no puede hacer el descubrimiento de una huella o de una idea, sin recordar las otras que solían acompañarle. Esto es muy cierto con respecto a lo que se ha aprendido en la juventud. Si no se recuerda al principio aquello que se busca, un verso o una sola palabra bastan para reencontrarlo. Este fenómeno demuestra que las ideas tienen territorios separados, pero con algún orden. Luego, para que un nuevo movimiento, por ejemplo, el comienzo de un verso o un sonido que golpea las orejas, comunique de inmediato su impresión a la parte del cerebro, que es análoga a aquella en donde se encuentra el primer vestigio de lo que se busca, es decir, esta otra parte de la médula donde se oculta la memoria, o la huella de los versos siguientes, y represente al alma la sucesión de la primera idea o de las primeras palabras, es necesario que nuevas ideas sean conducidas por una ley constante al mismo lugar, en el cual antaño se habían grabado otras ideas de la misma naturaleza que éstas. En efecto, si ello ocurriera de otro modo, el árbol junto al cual le han robado a uno, no evocaría con más seguridad la idea de un ladrón, que cualquier otro objeto. Lo que confirma la misma verdad, es que ciertas afecciones del cerebro destruyen tal o cual sentido, sin perjudicar a los demás. El cirujano que he citado, vio a un hombre que perdió el tacto de un golpe en la cabeza. *Hildanus* habla de un hombre que se quedó ciego por una conmoción cerebral. Yo he visto a una mujer que, curada de una apoplejía, tardó más de un año en recuperar su memoria, teniendo que volver a empezar por el a, b, c, de sus primeros conocimientos, que aumentaban y crecían de algún modo con las fibras debilitadas del cerebro, las cuales, mediante su convalecencia, no habían hecho más que detener e interceptar las ideas. El P. Mabillon era muy limitado, y una enfermedad hizo despuntar en él mucho talento, penetración y aptitud para las ciencias. He aquí una de estas enfermedades dichosas, contra las cuales mucha gente podría trocar su salud, y se harían de oro. Los ciegos con bastante frecuencia tienen mucha memoria: todos los cuerpos que les rodean han perdido su capacidad de distracción en lo que a ellos respecta. La atención, la reflexión les cuesta poco, por eso se puede observar larga y fijamente cada cara de un objeto, y la presencia de las ideas es más estable y menos fugitiva. M. de La Motte, de la academia francesa, dictó su tragedia de *Inés de Castro* de corrido. ¡Qué memoria tan amplia supone tener dos mil versos presentes, y que desfilen todos en orden ante el alma, a capricho de la voluntad! ¡Cómo puede ser que no haya ningún enredo en esta especie de caos! Más aún se dice de Pascal, pues se cuenta que nunca había olvidado lo que había aprendido. Por lo demás se piensa, con bastante razón porque es un hecho, que en aquellos que tienen mucha memoria, de ordinario su discernimiento no es más sospechoso que en los médicos su religión, toda vez que la médula del cerebro está tan llena de antiguas ideas, que las nuevas tienen dificultad para encontrar un lugar distinto. Me refiero a estas ideas *madres*, si se me permite la expresión, que pueden juzgar a las demás, comparándolas, y deduciendo con rectitud una tercera idea

de la combinación de dos anteriores. Pero, ¿quién tuvo más discernimiento, talento y memoria, que los dos hombres ilustres que acabo de nombrar?

De todo lo que se ha dicho con respecto a la memoria podemos concluir que es una facultad del alma, consistente en las modificaciones permanentes del movimiento de los espíritus animales, excitados por las impresiones de los objetos que han actuado vivamente o muy a menudo sobre los sentidos. De manera que estas modificaciones recuerdan al alma las mismas sensaciones con las mismas circunstancias de lugar, tiempo, etc., que les han acompañado, en el momento que las ha recibido a través de los órganos que sienten.

Cuando se siente que ya se ha tenido una idea semejante a la que pasa en un momento dado por la cabeza, esta sensación se llama pues *memoria*, y esta misma idea, ya sea que la voluntad lo consienta o no, se despierta necesariamente con motivo de una disposición en el cerebro o de una causa interna, semejante a la que le había hecho nacer antes, o de otra que tiene alguna afinidad con ella.

La imaginación

La imaginación confunde las diversas sensaciones incompletas que la memoria recuerda al alma, y bajo la forma de imágenes o cuadros que le representan objetos diferentes, sea por las circunstancias, los acompañamientos, o por la variedad de las combinaciones; me refiero a objetos diferentes de las exactas sensaciones recibidas anteriormente por los sentidos.

Pero, para hablar de la imaginación con mayor claridad, la definiremos como una percepción de una idea producida por causas internas, y semejantes a alguna de las ideas que las causas externas tenían por costumbre hacer nacer. Así, cuando unas causas materiales, ocultas en cualquier parte del cuerpo, afectan a los nervios, los espíritus y el cerebro de la misma manera que las causas corporales externas, y en consecuencia excitan las mismas ideas, se tiene lo que se llama *imaginación*. En efecto, cuando en el cerebro nace una disposición física, perfectamente parecida a la que produce alguna causa externa, debe formarse la misma idea, aunque no haya ninguna causa presente en el exterior. Por eso se llama a los objetos de la imaginación que son fantasmas o espectros.

Los sentidos internos al igual que los externos ocasionan cambios de pensamientos, y no difieren unos de otros ni por la manera en que se piensa, que es siempre la misma para todo el mundo, ni por el cambio que se produce en el *sensorio*, sino por la mera ausencia de objetos externos. Es poco sorprendente que las causas internas puedan imitar las causas externas, como se observa al taparse un ojo (lo que cambia tan particularmente la visión), en los sueños, en las imaginaciones vivas, en el delirio, etc.

La imaginación en un hombre sano es más débil que la percepción de las sensaciones externas, y, a decir verdad, aquélla no da una verdadera percepción. Por mucho que se imagine la magnífica perspectiva de los faroles iluminados pasando de noche por Pont-Neuf, no los percibiré hasta que mis ojos sean impresionados por ellos. Cuando pienso en la ópera, en la comedia, en el amor, ¡qué lejos estoy de experimentar las sensaciones de aquellos a los que entusiasma el Sarraceno, que lloran con Mérope, o que se hallan en los brazos de sus amantes! Pero a aquellos que sueñan o deliran la imaginación les da verdaderas percepciones. Eso prueba claramente que su propia naturaleza no difiere de sus efectos sobre el sensorio, aunque la multiplicación de ideas y la rapidez con que se producen, debiliten las antiguas ideas retenidas en el cerebro, donde las nuevas adquieren mayor imperio. Eso mismo es verdad para todas las impresiones nuevas de los demás cuerpos sobre el nuestro.

La imaginación es verdadera o falsa, débil o fuerte. La imaginación verdadera representa los objetos en un estado natural, mientras que en la imaginación falsa, el alma las ve distintas a como son. Supongamos que aquélla experimenta determinada ilusión; y entonces no es más que un vértigo como el de Pascal. Este había agotado a tal punto los espíritus de su cerebro mediante el estudio, que creía ver por el lado izquierdo un precipicio ardiendo del que se hacía siempre proteger con sillas o con cualquier otro tipo de amurallamiento, que pudiera impedirle ver este abismo espantoso, que ese gran hombre conocía como tal. Asimismo, el alma, al participar en el error general de todos los sentidos externos e internos, cree que los objetos son realmente semejantes a los fantasmas producidos en la imaginación, y entonces tiene lugar un verdadero delirio.

La imaginación débil es aquella a la que las disposiciones de los sentidos internos y la impresión de

los externos afectan ligeramente por un igual, mientras que, aquellos que tienen una imaginación fuerte, se ven afectados y conmovidos por las menores causas, y puede decirse que estos últimos han sido favorecidos por la naturaleza, puesto que para trabajar con éxito en las obras de talento y sentimiento, se requiere cierta fuerza en los espíritus, la cual pueda grabar viva y profundamente en el cerebro las ideas que la imaginación ha elaborado, y las pasiones que quiere pintar. *Corneille* sin duda tenía los órganos dotados de una fuerza muy superior en este sentido; su teatro es la escuela de la grandeza de alma, como destaca *M. de Voltaire*. Esta fuerza se manifiesta de nuevo en el mismo *Lucrecio*, gran poeta, aunque las más de las veces sin armonía. Para ser gran poeta, hacen falta grandes pasiones.

Cuando alguna idea se despierta en el cerebro con tanta fuerza, como cuando se grabó en él por primera vez, y ello en virtud de un efecto de la memoria y de una imaginación viva, cree verse en el exterior el objeto conocido de este pensamiento. Una causa presente, interna, fuerte, unida a una memoria viva, hace caer a los más comedidos en este error, que es tan familiar a ese *delirio sin fiebre* de los melancólicos. Pero, si la voluntad se adhiere, si los sentimientos que se desprenden en el alma la irritan, entonces uno está propiamente furioso.

Los maníacos preocupados siempre con el mismo objeto, se han fijado tan bien la idea de éste en su espíritu, que el alma se adapta a él y da su consentimiento. Algunos se parecen, por cuanto, fuera del punto de su locura, tienen un sentido común y sano, y si se dejan seducir por el mismo objeto de su error, no es más que a consecuencia de una falsa hipótesis, que los aleja tanto más de la razón, cuanto más consecuentes sean de ordinario. *Michel de Montaigne* tiene un capítulo sobre la imaginación muy curioso, donde hace ver que incluso el ser más inteligente tiene un objeto de delirio, y, como se dice, su locura. Es una cosa muy singular y muy humillante para el hombre, ver que determinado genio sublime, cuyas obras son admiradas por toda Europa, sólo tiene que aficionarse más tiempo de la cuenta a una idea que, por extravagante e indigna de él que pueda ser, la acabará adoptando, a tal punto que no querrá desasirse de ella nunca más. Por ejemplo, cuanto más se mire y se toque el muslo y la nariz, más convencido estará de que una cosa es de paja y la otra de cristal, como claramente convencido está de lo contrario, en cuanto el alma pierde de vista su objeto y la razón recobra sus derechos. Eso es lo que se observa en la manía.

Esta enfermedad del espíritu depende de causas corporales conocidas, y si cuesta tanto esfuerzo curarla, es porque estos enfermos no creen estarlo, y no quieren ni oír decir que lo están, de manera que si un médico no tiene más espíritu que gravedad o galénica, sus razonamientos burdos y torpes les irritan y aumentan su manía. El alma se entrega por entero a una fuerte impresión dominante, que por sí sola la absorbe toda entera como en el amor más violento, que es una especie de manía. ¿De qué sirve pues obstinarse en hablar haciendo uso de la razón a un hombre que carece de ella? *Quid vota jurentem, quid delubra juvant?* [¿Qué oración, qué Iglesia ayudan a un poseído?] Toda la finalidad, todo el misterio del arte, es tratar de excitar en el cerebro una idea más fuerte, capaz de abolir la idea ridícula que absorbe el alma, pues así se recupera el juicio y la razón, con la distribución equitativa de la sangre y los espíritus.

Las pasiones

Las pasiones son modificaciones habituales de los espíritus animales, los cuales casi constantemente procuran al alma sensaciones agradables o desagradables, que le inspiran deseo o aversión por los objetos que han hecho nacer en el movimiento de estos espíritus las modificaciones acostumbradas. De ahí nacen el amor, el odio, el temor, la audacia, la piedad, la ferocidad, la cólera, la dulzura, tal o cual inclinación a ciertas voluptuosidades. Así, es evidente que las pasiones no deben confundirse con las demás facultades evocadoras, tales como la memoria y la imaginación, de las que se distinguen por la impresión agradable o desagradable de las sensaciones del alma, mientras que los otros agentes de nuestra reminiscencia sólo se consideran en la medida en que recuerdan simplemente las sensaciones, tal como se han recibido, sin tener en cuenta la pena o el placer que puede acompañarlas.

Tal es la asociación de ideas en este último caso, que las ideas externas no se representan como son en el exterior, sino unidas a ciertos movimientos que perturban el *sensorio*, mientras que, en el primer caso, la imaginación fuertemente impresionada, lejos de retener todas las nociones, apenas admite una

sola noción simple de una idea completa, o más bien sólo ve su objeto fijo interno.

Pero, entremos en mayor detalle por lo que se refiere a las pasiones. Cuando el alma percibe las ideas que le vienen por los sentidos, éstas producen mediante la misma representación del objeto sentimientos de alegría o tristeza, o no excitan ni unos ni otros. En ese último caso las ideas se denominan *indiferentes*, mientras que las otras hacen amar u odiar el objeto que las hace nacer mediante su acción.

Si la voluntad que se desprende de la idea trazada en el cerebro, se complace en contemplar y conservar esta idea, como cuando piensa en una mujer hermosa, en cierto éxito, etc., se produce lo que se llama *alegría*, *voluptuosidad*, *placer*. Cuando la voluntad afectada de un modo desagradable, sufre a causa de una idea que quisiera tener bien lejos, aparece la tristeza. El amor y el odio son dos pasiones de las que dependen todas las demás. El amor por un objeto presente me regocija, el amor por un objeto pasado es un recuerdo agradable, el amor por un objeto futuro es lo que se denomina *deseo* o *esperanza*, desde que se desea o espera gozarse de él. Un mal presente excita tristeza u odio, un mal del pasado causa una reminiscencia engorrosa, y el temor procede de un mal futuro. Las otras afecciones del alma son diversos grados de amor u odio. Pero, si estas afecciones son fuertes e imprimen huellas tan profundas en el cerebro que toda nuestra economía se ve transtornada y deja de conocer las leyes de la razón, entonces este estado violento se llama *pasión*, el cual nos arrastra hacia su objeto, a pesar de nuestra alma. Las ideas que no excitan alegría ni tristeza, se denominan indiferentes, como acaba de decirse: tal es la idea del aire, de una piedra, de un círculo, de una casa, etc. Pero, salvo estas ideas, todas las demás están relacionadas con el amor o el odio, y en el hombre todo respira la pasión. Cada edad tiene las suyas. Naturalmente se desea lo que conviene al estado actual del cuerpo. La juventud fuerte y vigorosa ama la guerra, los placeres del amor, y todos los géneros de voluptuosidad, mientras que la impotente vejez, en lugar de ser bélica, es tímida, y avara en lugar de amar el consumo, al igual que la osadía es temeridad a sus ojos, y el goce un crimen, porque ya no está hecho para él. Los mismos apetitos y el mismo comportamiento se observa en los animales, que son como nosotros, alegres, lascivos, amorosos en su juventud, y luego se entumecen poco a poco en lo referente a todos los placeres. En relación con este pecado del alma que hace amar u odiar, en el cuerpo se producen movimientos musculares, de cuerpo o de pensamiento, por los cuales podemos unirnos al objeto de nuestro goce, y apartar aquel cuya presencia nos subleva.

Entre las afecciones del alma, unas se producen con conciencia o sentimiento interior, y otras sin este sentimiento. Las afecciones del primer género pertenecen a esta ley, por la cual el cuerpo obedece a la voluntad, aunque no importa investigar cómo tiene lugar eso. Para explicar estas consecuencias o estos efectos de las pasiones, basta recurrir a alguna aceleración o retraso en el movimiento del jugo nervioso, que parece producirse en el principio del nervio. Las del segundo género están más ocultas, y los movimientos que excitan no han sido todavía bien expuestos. Ante una alegría muy grande, se produce una gran dilatación del corazón: el pulso aumenta, el corazón palpita hasta hacer oír algunas veces sus palpitaciones, y en ocasiones se produce también una transpiración tal, que a menudo se llega al desfallecimiento e incluso a la muerte súbita. La cólera aumenta todos los movimientos, y consiguientemente la circulación de la sangre, lo que hace que el cuerpo entre en calor, enrojezca, se ponga a temblar, y se halle de pronto dispuesto a descargar algunas secreciones que lo irritan y pendiente de las hemorragias. De allí estas frecuentes apoplejías, estas diarreas, estas cicatrices que se vuelven a abrir, estas inflamaciones, estas ictericias, este aumento de transpiración. El terror, esta pasión, que alterando toda la máquina, la pone por así decir en guardia para su propia defensa, produce más o menos los mismos efectos que la cólera; abre las arterias, cura alguna vez las parálisis de golpe, el letargo, la gota, arranca a un enfermo de las puertas de la muerte, produce la apoplejía, causa la muerte repentina, y produce por último los efectos más terribles. Un temor mediocre disminuye todos los movimientos, produce el frío, detiene la transpiración, dispone el cuerpo para recibir los miasmas contagiosos, produce la palidez, el horror, la debilidad, el relajamiento de los esfínteres, etc. La pesadumbre produce los mismos accidentes, pero menos fuertes, y principalmente retrasa todos los movimientos vitales y animales. Sin embargo, un gran pesar algunas veces ha hecho perecer de repente. Si remitís todos esos efectos a sus causas, veréis que los nervios deben actuar necesariamente sobre la sangre, de manera que su curso, regulado por el de los espíritus, aumenta o se reduce con él. Los nervios que contienen las

arterias, a modo de hilillos, en la cólera y en la alegría parecen excitar la circulación de la sangre arterial, animando el resorte de las arterias, mientras que en el temor y el pesar, pasión que parece diminutiva del temor (al menos por cuanto a los efectos), las arterias contraídas y ocluidas tienen dificultad para hacer fluir su sangre. Luego, ¿dónde no se encuentran estos hilillos nerviosos? Están en la carótida interna, en la arteria temporal, en la gran meninge, en la vertebral, en la subclavial, en la raíz de la subclavial derecha, y de la carótida, en el tronco de la aorta, en las arterias branquiales, en la ilíaca, en el mesentérico, en las que salen de la pelvis, y por todas partes son perfectamente capaces de producir esos efectos. El pudor, que es una especie de temor, contrae la vena temporal, donde ésta se halla rodeada de ramas de la *porción dura*, y retiene la sangre en el rostro. ¿No es también por la acción de los nervios que tiene lugar la erección, efecto que depende tan visiblemente de la suspensión de la sangre? ¿No es cierto que la sola imaginación procura este estado a los mismos eunucos, que esta mera causa produce la eyaculación, no sólo por la noche, sino a veces incluso durante el día, y que la impotencia depende a menudo de los defectos de la imaginación, sea por un ardor excesivo, por su tranquilidad extrema, o por sus diferentes enfermedades, como se deduce de los ejemplos de *Venette* y *Montaigne*?. No hay exceso de pudor, de cierto recato o timidez, del que uno se corrige muy rápidamente en la escuela de las mujeres galantes, que no suela colocar al hombre más enamorado en una situación de incapacidad para satisfacerlas. He aquí a un mismo tiempo la teoría del amor, y la de las otras pasiones; aquélla viene maravillosamente en apoyo de las otras. Es evidente que los nervios desempeñan un papel fundamental, y que constituyen el principal resorte de las pasiones. Aunque no conozcamos las pasiones por sus causas, las luces que el mecanismo de los movimientos de los cuerpos animados ha difundido en nuestros días, nos permiten al menos explicarlas todas bastante claramente por sus efectos. Desde que se sabe, por ejemplo, que el pesar contrae los diámetros de los tubos, aunque se ignore cuál es la causa que hace que los nervios se contraigan a su alrededor, como para ocluírlos, todos los efectos que se desprenden, melancolía, atrabilis, manía, son fáciles de concebir. La imaginación afectada por una idea fuerte, una pasión violenta, influye en el cuerpo y en el temperamento, y recíprocamente las enfermedades del cuerpo atacan la imaginación y el espíritu. La melancolía, tal como la interpretan los médicos, una vez se ha formado y se ha hecho bien atrabiliaria en el cuerpo de la persona más alegre, necesariamente hará de ésta una de las más tristes, y en lugar de esos placeres que amaba tanto, sólo disfrutará en la soledad.

Capítulo XI

FACULTADES QUE DEPENDEN DEL HÁBITO DE LOS ÓRGANOS SENSITIVOS

Hemos explicado la memoria, la imaginación y las pasiones, facultades del alma que dependen visiblemente de una simple disposición del *sensorio*, la cual no es más que un puro ordenamiento mecánico de las partes que componen la médula del cerebro. Se ha visto 1.° que la memoria consiste en el hecho de que una idea semejante a la que se ha tenido con anterioridad, con motivo de la impresión de un cuerpo externo, se despierta y se representa al alma; 2.° que si ésta se despierta con la fuerza suficiente para que la disposición interna del cerebro reproduzca una idea muy fuerte o muy viva, entonces se tienen estas imaginaciones fuertes, que algunos autores [13] atribuyen a una clase, o a una especie particular, y que persuaden con mucho vigor al alma de que la causa de esta idea existe fuera del cuerpo; 3.° que la imaginación es una de las partes del alma más difícil de regular, y aquélla que se trastorna y se descompone con mayor facilidad, de ahí que la imaginación en general perjudique al discernimiento más que la propia memoria, sin la cual el alma no puede combinar varias ideas. Se diría que este sentido frío, llamado común, aunque muy escaso, se eclipsa y se funde de algún modo por el calor de los movimientos vivos y turbulentos de la parte fantástica del cerebro; y 4.° he hecho ver cuantas causas cambian incluso las ideas de las cosas, y cuantas precauciones

[13] Boerhaave, *Instit. med. de sens. intern.*

prudentes son necesarias para evitar el error que seduce al hombre en ciertos casos aunque éste no quiera. Permítaseme añadir que estos conocimientos son absolutamente necesarios incluso para los médicos, con el fin de conocer, explicar y curar las diversas afecciones del cerebro.

Pasemos a un nuevo género de facultades corporales que se remiten al alma sensitiva. La memoria, la imaginación y las pasiones constituían el primer tipo, y las inclinaciones, los apetitos, el instinto, la penetración y la concepción van a constituir el segundo.

Inclinaciones y apetitos

Las inclinaciones son disposiciones que dependen de la estructura particular de los sentidos, de la solidez, de la blandura de los nervios que se encuentran en estos órganos o más bien que los constituyen, de los diversos grados de movilidad en los espíritus, etcétera. Es a este estado al que se deben las inclinaciones o inapetencias naturales, que se tienen por diferentes objetos que acuden a impresionar los sentidos.

Los apetitos dependen de ciertos órganos, destinados a darnos las sensaciones que nos hacen desear el goce o el uso de las cosas útiles para la conservación de nuestra máquina, y la propagación de nuestra especie, apetito tan premioso y que reconoce los mismos principios o las mismas causas que el hambre [14]. Es bueno saber que los antiguos han ubicado también en esta misma clase ciertas disposiciones de nuestros órganos que nos inspiran repugnancia e incluso el horror por las cosas que pudieran perjudicarnos. Por eso habían distinguido estos apetitos en *concupiscentes* o *irascibles*, es decir, en los que nos hacen desear lo que es bueno y saludable, y nunca nos hacen pensar en ello sin placer, y en los que nos hacen pensar en lo que nos es contrario, con bastante pesadumbre y repugnancia para rechazarlo. Cuando me refiero a nosotros, no se disguste el orgullo humano, pero es que los hombres se confunden aquí con los animales, puesto que se trata de facultades que la naturaleza ha dado en común a unos y otros.

El instinto

El instinto consiste en disposiciones corporales puramente mecánicas, que hacen actuar a los animales sin ninguna determinación, con independencia de toda experiencia y como por una especie de necesidad, pero, sin embargo (lo que es realmente admirable), de la manera que mejor les conviene para la conservación de su ser. De donde nace la simpatía que ciertos animales tienen unos por otros, y algunas veces incluso por el hombre, al cual hay algunos que se atan tiernamente toda su vida, y de donde nacen la antipatía o aversión natural, los subterfugios, el discernimiento, la elección indeliberada automática, y, a pesar de ello, seguros de sus alimentos, del mismo modo que de las plantas saludables que pueden convenirles en sus diferentes enfermedades. Cuando nuestro cuerpo se halla afligido por algún mal, y realiza sus funciones con dificultad, es comparable al de los animales, maquinalmente inducido a buscar los medios para remediarlo, sin que, no obstante, los conozca [15].

La razón no puede concebir cómo tienen lugar operaciones tan simples en apariencia. El docto médico que cito se contenta con decir que se realizan como consecuencia de las leyes a las que el autor de la naturaleza ha sometido a los cuerpos animados, y que todas las primeras causas dependen inmediatamente de estas leyes. El niño recién nacido realiza diferentes funciones, como si se hubiera estado ensayando durante todo el embarazo, sin conocer ninguno de los órganos que sirven para estas funciones. La mariposa, apenas formada, pone en movimiento sus nuevas alas, vuela y se balancea perfectamente en el aire; la abeja que acaba de nacer, recoge miel y cera; el perdigón, apenas salido del huevo, distingue el grano que le conviene. Estos animales no tienen otro maestro que el instinto. Para

[14] M. Senac. *Anat. d'Heist.* p. 514.

[15] Boerhaave, *Inst. Mod.*

explicar todos estos movimientos y estas operaciones, es pues evidente que *Staahl* ha cometido un gran error bajo el pretexto de la destreza que da el hábito.

Lo cierto es, como observa el hombre más ingenioso del mundo [16] para arrancar los secretos de la naturaleza, que en los movimientos de los cuerpos animados hay algo más que una mecánica inteligible, quiero decir, «una cierta fuerza que pertenece a las partes más pequeñas de que está formado el animal, que está difundida en cada una, y que caracteriza no sólo cada especie animal, sino cada animal de la misma especie, en la medida en que cada uno se mueve y siente diversamente a su manera, mientras que todos desean necesariamente lo que conviene para la conservación de su ser, y tienen una aversión natural que los protege seguramente de lo que podría perjudicarlos».

Fácil es juzgar que el hombre no se halla aquí excluido. Sí, sin duda, es esta forma propia de cada cuerpo, esta fuerza innata en cada elemento fibroso, en cada fibra vasculosa, y siempre esencialmente diferente en sí de lo que se llama elasticidad, ya que si ésta se destruye, no impide que la otra subsista incluso tras la muerte y se despierte ante la menor fuerza provocadora; es esta causa, insisto, la que hace que tenga menos agilidad que una pulga, aunque salte merced a la misma mecánica, y es gracias a ella que, al dar un paso en falso, mi cuerpo se lanza con la rapidez del rayo a contrapesar su caída, etc. En verdad, el alma y la voluntad no participan para nada en todas estas acciones del cuerpo, desconocidas para los mayores anatomistas, prueba de ello es que el alma no puede tener más que una sola idea distinta a la vez. Luego, ¿qué número infinito de movimientos diversos le haría falta prever de un vistazo, escoger, combinar y ordenar con la mayor exactitud? ¿Quién sabe cuántos músculos hacen falta para saltar, cómo deben aflojarse los flexores y contraerse los extensores, ora despacio, ora de prisa, y cómo tal peso y no tal otro puede alzarse? ¿Quién conoce todo lo que hace falta para correr, franquear grandes espacios con un cuerpo enormemente pesado, para planear por los aires, para elevarse hasta perderse de vista y cruzar un país inmenso? ¿Acaso los músculos necesitarían consejo de un ser que ni siquiera sabe su nombre, ni conoce su ataques ni sus usos, para prepararse a transportar sin riesgo y hacer saltar toda la máquina a la que están unidos? El alma no es lo bastante perfecta para ello ni en el hombre, ni en el animal, pues sería preciso que tuviera infusa esta ciencia geométrica infinita, supuesta por *Staahl*, mientras que no conoce tan siquiera los músculos que le obedecen. Todo viene pues de la sola fuerza del instinto, y la monarquía del alma no es más que una quimera. Hay mil movimientos en el cuerpo, de los que el alma no es ni la causa condicional. La misma causa que hace huir o acercarse a un cuerpo ante la presencia de ciertos objetos, o cuando oye algún ruido, vela a su vez incesantemente, sin que lo sepa para la conservación de su ser. Pero este mismo cuerpo, como esos pájaros de gran tamaño que recorren los aires, tiene el sentimiento que corresponde a su instinto.

Concluyamos pues, que cada animal tiene su propio sentimiento y su manera de expresarlo, y que ésta siempre coincide con el sentido más predominante, con un instinto, con una mecánica que puede omitir toda inteligencia, pero no engañarle. Confirmemos esta conclusión mediante nuevas observaciones.

Los animales expresan sus ideas mediante los mismos signos que nosotros

Trataremos de señalar con precisión en qué consisten los conocimientos de los animales y hasta dónde se extienden, pero sin entrar en el detalle demasiado trillado de sus operaciones, muy agradables sin duda en las obras de ciertos filósofos que se han dignado ser complacientes [17], y admirables en el libro de la naturaleza. Como los animales tienen pocas ideas, a su vez tienen pocos términos para expresarlas. Al igual que nosotros, perciben la distancia, el tamaño, los olores, la

16 M. de Maupertuis.

17 Ver príncipalmente el P. Bougeant, *Eff. Phil. sur le sang des bétes*.

mayoría de las *cualidades segundas* [18], y se acuerdan de ellas. Pero, además de que tienen muchas menos ideas, apenas tienen otras expresiones que las del lenguaje afectivo, del que he hablado. ¿Procede esta escasez del vicio de los órganos? No, puesto que los loros repiten las palabras que se les enseña, sin saber su significado, y nunca se sirven de ellas para expresar sus propias ideas. Tampoco procede de la falta de ideas, pues aprenden a distinguir la diversidad de personas, e incluso de voces, y nos responden con gestos demasiado verdaderos para que no expresen su voluntad.

¿Qué diferencia hay pues entre nuestra facultad de discurrir y la de los animales? La suya se da a entender, aunque muda, pues son excelentes pantomimos, mientras la nuestra es *fogosa*, pareciendo a menudo que somos verdaderos parlanchines.

He aquí ideas y signos de ideas que no pueden rechazarse a los animales, sin chocar con el sentido común. Estos signos son perpetuos, inteligibles para todo animal del mismo género, e incluso de una especie diferente, puesto que a su vez lo son incluso para los hombres. Estoy tan seguro, dice Lamy [19], de que un loro posee conocimiento, como sé que lo tiene un extranjero, pues los mismos rastros se encuentran en uno como en otro, y hace falta tener menos sentido común que los animales para negarles conocimientos.

No se nos objete que los signos de discernimiento de los animales son arbitrarios, y no tienen nada en común con sus sensaciones, ya que todas las palabras que nosotros empleamos también lo son y, sin embargo, actúan sobre nuestras ideas, las dirigen y las cambian. Las letras, que han sido inventadas más tarde que las palabras, una vez reunidas, forman las palabras, de manera que nos es igual leer caracteres u oír palabras que se componen de ellos, porque el uso nos ha hecho asociar a éstos las mismas ideas, anteriores a unas y otras letras, palabras e ideas. Todo es pues tan arbitrario en el hombre como en el animal, pero es evidente que, cuando se observa la masa del cerebro del hombre, esta víscera puede contener multitud de ideas prodigiosas, y, por consiguiente, para expresar dichas ideas se requieren más signos que los animales. En eso precisamente consiste toda la superioridad del hombre.

Pero los hombres, y pongamos por caso las mujeres, ¿se burlan más unas de otras, que esos pájaros que repiten las canciones de otros pájaros, hasta dejarlos completamente en ridículo? ¿ Qué diferencia hay entre el niño y el loro instruido? No repiten acaso por un igual los sonidos con los que se golpea sus orejas, y los dos con la misma poca inteligencia. ¡Efecto admirable el de la unión de los sentidos externos con los sentidos internos, el de la conexión de la palabra de uno con el oído del otro, y el de un lazo tan íntimo entre la voluntad y los movimientos musculosos, que se ejercen siempre al antojo del animal, cuando la estructura del cuerpo lo permite! El pájaro que oye cantar por primera vez, recibe la idea del sonido, en lo sucesivo le bastará prestar atención a las nuevas melodías para repetirlas (sobre todo si las oye a menudo), con tanta facilidad como nosotros pronunciamos una nueva palabra inglesa. La propia experiencia [20] nos ha demostrado que se puede enseñar a hablar y a leer en poco tiempo [21] a un sordo de nacimiento, y por consiguiente mudo. ¿No tiene menos ventaja este sordo que sólo tiene ojos, que una cotorra que tiene oídos finos?

La penetración y la concepción

Nos quedan por exponer otras dos facultades que dependen del mismo principio, quiero decir de la

18 Como dice Locke.

19 *Dictionnaire Anatomique*, p. 226.

20 Ved. Amman, *de loquela*, p. 81 y 103.

21 Dos meses, Amman, p. 31.

disposición originaria y primitiva de los órganos: a saber, la penetración y la concepción que nacen de la perfección de las facultades corporales sensitivas.

La *penetración* es una disposición dichosa que no se puede definir en la estructura íntima de los sentidos y de los nervios, ni en el movimiento de los espíritus. Esta introduce en el alma sensaciones tan netas, tan exquisitas, que la predisponen a distinguirlas pronta y exactamente una de otra.

Lo que se llama *concepción* o *comprensión* es una facultad dependiente de las mismas partes, por la cual todas las facultades a que me he referido, pueden dar al alma un gran número de sensaciones a la vez, y no menos claras y distintas, de manera que el alma abarca por así decir, en el mismo instante y sin ninguna confusión, más o menos ideas, según el grado de excelencia de dicha facultad.

Capitulo XII

AFECCIONES DEL ALMA SENSITIVA

Las sensaciones, el discernimiento y los conocimientos

El alma sensitiva no sólo tiene un conocimiento exacto de lo que siente, sino que sus sentimientos le pertenecen precisamente como modificaciones de ella misma. Es distinguiendo estas diversas modificaciones que la impresionan, o la mueven diversamente, como ella ve y discierne los diferentes objetos que se las ocasionan, y este discernimiento, cuando es transparente, y por así decir no está nublado, le da conocimientos exactos, claros y evidentes.

Pero las sensaciones de nuestra alma tienen dos caras que merecen considerarse: o son puramente especulativas, y cuando iluminan el espíritu, se les da el nombre de conocimientos, o llevan al alma afecciones agradables o desagradables, y son las que constituyen el placer o la felicidad, la pena o la desdicha de nuestro ser. En efecto, es muy probable que sólo gocemos de nuestras propias modificaciones, y no es erróneo decir que el alma reducida a la posesión de sí misma, no es más que un ser accidental. La prueba de ello, es que el alma no se conoce, y que está privada de sí misma cuando está privada de las sensaciones. Todo su bienestar o todo su malestar no residen pues más que en las impresiones agradables o desagradables que recibe pasivamente, es decir, que ella no es dueña de procurárselas y de escogerlas a su antojo, puesto que dependen manifiestamente de causas que le son por completo ajenas.

De ahí se deduce que la felicidad no puede depender de la manera de pensar, o más bien de sentir; pues es cierto, y no creo que nadie disienta al respecto, que no se piensa ni se siente como uno quisiera. Esos que buscan la felicidad en sus reflexiones, o en la persecución de la verdad que se nos escapa, la buscan donde no está. A decir verdad, la felicidad depende de causas corporales, tales como ciertas disposiciones de cuerpos naturales o adquiridos, quiero decir, procuradas por la acción de cuerpos ajenos sobre el nuestro. Hay personas que, gracias a la dichosa conformación de sus órganos y a la moderación de sus deseos, son felices con poco, o al menos la mayoría de las veces están tranquilos y contentos de su suerte, a tal punto que sólo por accidente pueden sumirse en un estado desdichado. Hay otras (y desgraciadamente son las más), que incesantemente necesitan placeres nuevos, a cuales más picantes. Pero esas personas sólo son felices por accidente, como aquel al que complace la música, el vino o el opio, y, demasiado a menudo, el hastío y el arrepentimiento suceden de inmediato a este placer encantador, que se veía como el único placer real, como el único dios digno de todos nuestros homenajes y de todos nuestros sacrificios. El hombre no está hecho para ser perfectamente feliz. Sí lo es, ello ocurre de vez en cuando, pues la felicidad se presenta como la verdad, por casualidad, en el momento en que uno menos se lo espera. Sin embargo, es preciso someterse al rigor de su estado, y utilizar en la medida de lo posible toda la fuerza de su razón, para soportar su fardo. Estos medios no procuran la felicidad, pero habitúan a poderse pasar de ella, como se dice, a tener paciencia, y a hacer de la necesidad, virtud. Estas breves reflexiones sobre la felicidad me han desengañado de muchos tratados sobre el mismo tema, donde el estilo importa más que lo que se dice, donde el espíritu se hace pasar por bienintencionado, donde se deslumbra por el prestigio de una elocuencia frívola, a falta de razonamientos sólidos, donde por último uno se arroja ciegamente a la ambiciosa metafísica, cuando

no se es físico. Sólo la física puede aligerar las dificultades, como observa *Mr. de Fontenelle* [22]. Pero sin un conocimiento perfecto de las partes que componen los cuerpos animados y de las leyes mecánicas a las que estas partes obedecen, para hacer sus diversos movimientos, ¡cómo referirse al cuerpo y al alma de otro modo que no sea con paradojas vanas o sistemas frívolos, frutos de una imaginación desatinada, o de una presunción fastuosa! No obstante, del seno de esta ignorancia se ven salir todos estos pequeños filósofos, grandes constructores de hipótesis, creadores ingeniosos de sueños extraños y singulares, los cuales, sin teoría ni experiencia, creen ser los únicos en poseer la verdadera filosofía del cuerpo humano. Por mucho que la naturaleza se mostrara a sus miradas, la ignorarían, si no estuviera conforme con la manera en que han creído concebirla. Vanidosa y complaciente imaginación, ¿no os basta el hecho de tratar meramente de complacer, y de ser el modelo de coquetería más perfecto? ¿Precisa que tengáis una ternura verdaderamente maternal para con vuestros hijos más contrahechos y más insensatos, y que, contenta con vuestra mera fecundidad, vuestras producciones no parezcan ridículas o extravagantes más que a ojos ajenos? Sí, es justo que el amor propio que envanece a los autores y sobre todo a los malos autores, les pague en secreto con alabanzas que el público les niega, puesto que esta especie de desagravio que sostiene su valentía, puede hacerlos mejores en lo sucesivo.

La voluntad

Las sensaciones que nos afectan, determinan que el alma quiera o no quiera, ame u odie estas sensaciones, según el placer o la pena que nos causen, y este estado del alma que se decide así por sus sensaciones, se llama *voluntad*.

Pero es necesario que se distinga aquí la voluntad de la libertad. Pues se puede estar agradablemente, y en consecuencia voluntariamente afectado por una sensación, sin ser dueño de rechazarla o recibirla. Tal es el estado agradable y voluntario en que se encuentran todos los animales, y el hombre mismo, cuando satisfacen algunas de estas necesidades apremiantes, que impedían a Alejandro creerse un dios, como decían sus lisonjeadores, puesto que tenía necesidad de retrete y concubina.

Pero, pongamos por ejemplo a un hombre que quiere mantenerse despierto, y al que se da opio: éste se verá invitado al sueño por las sensaciones agradables que le procura este remedio divino, y su voluntad cambiará de tal modo que el alma se verá forzosamente obligada a dormir. Al igual que los animales no gozan probablemente más que de sus *voliciones*, para ésta no hay ni bien ni mal moral. El opio amodorra el alma con el cuerpo, y a grandes dosis, pone furioso. Las cantáridas una vez ingeridas hacen nacer la pasión del amor con una aptitud para satisfacerla, que, a menudo, cuesta muy caro. El alma de un hombre, al que ha mordido un perro rabioso, se vuelve también rabiosa. El *poust*, droga venenosa, muy al uso en el Mogol, adelgaza el cuerpo, vuelve impotente, y suprime poco a poco el alma razonable, para sustituirla por el alma, no digo sensitiva, sino tan sólo vegetativa. Toda la historia de los venenos [23] demuestra suficientemente que todo cuanto se ha dicho sobre los *filtros* amorosos de los antiguos, no es tan fabuloso, y que todas las facultades del alma, hasta la consciencia, sólo son dependencias del cuerpo. Basta con beber y comer demasiado para reducirse a la condición de animales. Sócrates, embriagado, se puso a bailar a la vista de un excelente pantomimo

---

22 *Digressions sur les anciens et les Modernes* (Fontenelle).

23 V. Mead. *de Venenis*.

24 Los movimientos se comunican de un hombre a otro hombre, los sentimientos se ganan de igual modo, y la conversación de la gente culta es enriquecedora. Esto es fácil de explicar por lo que se ha dicho, c. XI, III.

[24], y, en lugar de ejemplos de prudencia, este preceptor de la patria sólo los dio de lujuria y voluptuosidad. En los mayores placeres, es imposible pensar, únicamente se puede sentir. En los momentos que les siguen, y que no se hallan exentos de voluptuosidad, el alma se repliega de algún modo sobre las delicias que acaba de experimentar, como para prolongar su goce. Esta parece querer aumentar su placer examinándolo, pero, tanto ha existido, que ya no siente, ni es casi nada. Sin embargo, la postración en la que se hunde, le sale cara, pues no se librará en seguida de ésta sin violencia, porque la arrebatadora convulsión de los nervios, que ha embriagado el alma de tan grandes transportes, debe durar todavía algún tiempo, semejante a estos vértigos, en los que se ve girar los objetos, cuando éstos ya hace un buen rato que no giran. Aquel que se disgusta mucho por agredir

[25] a su familia en sueños, no tiene la misma voluntad, con motivo de cierto prurito, que va, por así decir, a buscar el alma en los brazos del sueño, y advertirle que sólo depende de ella ser dichosa un ratito. Entonces, si la naturaleza, cuando ésta se despierta, está dispuesta a traicionar su primera voluntad, una nueva voluntad se eleva en el alma, y sugiere a la naturaleza los medios más breves para salir de un estado apremiante y procurarse otro más agradable, del que uno va a arrepentirse, como de costumbre, y como ocurre sobre todo a consecuencia de los placeres que se buscan sin necesidad.

He aquí al hombre, con todas las ilusiones de las que es instrumento y presa. Pero, si no es sin placer que la naturaleza nos engaña y nos extravía, que nos engañe siempre así.

Por último, nada tan limitado como el imperio del alma sobre el cuerpo, y nada más extendido que el imperio del cuerpo sobre el alma. No sólo ignora el alma los músculos que le obedecen y cuál es su poder voluntario sobre los órganos vitales, sino que jamás ejerce poder arbitrario alguno sobre estos mismos órganos. ¡Qué digo! , ni siquiera sabe si la voluntad es la causa eficiente de las acciones musculosas, o simplemente una causa ocasional, puesta en juego por ciertas disposiciones internas del cerebro, que actúan sobre la voluntad, la mueven secretamente, y la determinan de cualquier manera. Staahl piensa de un modo diferente, pues atribuye al alma, como se ha insinuado, un imperio absoluto, y para él es la causa de todo, hasta de las hemorroides. Ved su teoría de medicina, donde se esfuerza en probar esta imaginación mediante razonamientos metafísicos, que sólo logran hacerla más incomprensible, y si me atrevo a decirlo, más ridícula.

El gusto

Las sensaciones consideradas como simples conocimientos, o en tanto que agradables o desagradables, hacen detentar al alma dos tipos de juicios. Cuando ésta descubre verdades, de las que se cerciora a sí misma con una evidencia que cautiva su consentimiento, esta operación del alma condescendiente, que no puede eximirse de rendirse a las luces de la verdad, se llama simplemente *juicio*. Pero, cuando ésta aprecia la impresión agradable o desagradable, que recibe de sus diferentes sensaciones, entonces este juicio adquiere el nombre de *gusto*. Se da el nombre de *buen gusto*, a las sensaciones que halagan más corrientemente a todos los hombres, y que, por así decir, están más acreditadas y más en boga, y, recíprocamente, el mal gusto, no es otra cosa que el gusto más singular y menos ordinario, es decir, las sensaciones menos comunes. Conozco letrados que piensan de otro modo; pretenden que el buen o mal gusto no es más que un juicio razonable o extraño, que el alma hace respecto de sus propias sensaciones. Estas, según ellos, que complacen ciertamente a algunos, por defectuosas e imperfectas que sean —porque las juzgan mal o demasiado favorablemente pero que disgustan o repugnan a la mayoría, porque ésta tiene lo que se denomina un buen espíritu, un espíritu recto—, estas sensaciones son objeto de mal gusto. Yo creo que nadie puede equivocarse en lo que se refiere a sus sensaciones, porque pienso que un juicio que parte del sentido íntimo, tal como aquél que se infiere del sentimiento de uno mismo o de la afección de su alma, no puede inducir a engaño, por el mero hecho de saborear un placer o de sentir una pena, que efectivamente se experimenta, mientras dura una sensación agradable o desagradable. Hay a quienes les gusta, por ejemplo, el olor de la pezuña

[25] El buen Leuwenhoeck nos certifica que sus observaciones *Hartsoekerianas* nunca han sido llevadas a cabo a expensas de su familia.

de caballo, de una cartulina, del pergamino quemado. En la medida que por *mal gusto* no se entienda otra cosa que un gusto singular, concederé que estas personas son de mal gusto, y que las mujeres embarazadas, cuyos gustos cambian con las disposiciones del cuerpo, son también de muy mal gusto, cuando lo único evidente es que están ávidas de cosas bastante a menudo despreciadas, y a las que ellas no hacían el menor caso antes del embarazo, y que así sólo tienen entonces gustos particulares, relativos a su estado y que se observan raramente. Pero, cuando se juzga agradable la sensación que da el olor de la pomada a la mariscala, el del almizcle, el del ámbar y el de otros innumerables perfumes, tan útiles para los perros de aguas cuando van al encuentro de sus amos, y eso al mismo tiempo que se goza del placer que todas estas cosas procuran al alma, no se puede decir que se juzgue mal de ellas ni demasiado favorablemente. Si hay unos gustos mejores que otros, eso depende siempre de las sensaciones más agradables que experimenta la misma persona, y puesto que tal gusto que encuentro delicioso es detestado por otro, sobre el que actúa de distinto modo, ¿dónde está lo que se llama *buen y mal gusto*? No, una vez más, las sensaciones del hombre no pueden engañarle, porque el alma las aprecia precisamente por lo que valen, en relación al placer o displacer que recibe de ellas.

El genio

Voy a tratar de definir la idea del genio con mayor precisión de lo que he hecho hasta ahora. Por la palabra *genio*, comúnmente se entiende la cima de la perfección, que el espíritu humano puede alcanzar. Sólo se trata de saber qué se entiende por esta perfección. Se la hace consistir en la facultad más brillante del espíritu, en la que más impresiona e incluso asombra, por así decir, a la imaginación: y en este sentido, en el cual yo mismo he empleado el término de genio, para conformarme con el uso que tenía intención de corregir en seguida, nuestros poetas, nuestros autores sistemáticos, todos, hasta el abad Cartaud de la Villate

[26] ... tendrían derecho al genio, y el filósofo que tendría más imaginación, el P. Malebranche, sería el primero de todos.

Pero si el genio es un espíritu tan justo como penetrante y tan verdadero como extenso, el cual no sólo evita constantemente el error, como un piloto hábil evita los escollos, sino que sirviéndose de la razón como él se sirve de la brújula, no se aparta nunca de su objetivo, maneja la verdad con tanta precisión como claridad, y por último abarca fácilmente y como de un vistazo multitud de ideas, cuyo encadenamiento forma un sistema experimental, tan luminoso en sus principios, como justo en sus consecuencias, si eso es así, ¡abajo las pretensiones de nuestros espíritus cultos, y de nuestros más célebres constructores de hipótesis! ¡Abajo esta multitud de genios! ¡Qué raros serán en lo sucesivo! Pasemos revista a los principales filósofos modernos, a los que se ha prodigado el nombre de genio, y empecemos por Descartes.

La obra maestra de Descartes es su método, y éste ha llevado muy lejos la geometría, desde el punto en que la encontró, quizá tanto como Newton mismo la impulsó, desde el punto en que Descartes la había dejado. En fin, nadie le niega un espíritu naturalmente filosófico. Hasta ahí, Descartes no es un hombre ordinario, sino que más bien sería un genio, si para merecer este título, bastara con eclipsar y dejar muy por debajo suyo a todos los demás matemáticos. Pero, las ideas de los tamaños son simples, fáciles de abarcar y determinar. El círculo que componen es pequeño, y signos siempre visibles nos las hacen sensibles, de manera que la geometría y el álgebra son las ciencias en las que hay que hacer menos combinaciones, y sobre todo combinaciones difíciles, pero no se hace otra cosa que ver problemas en ellas, y nunca hubo menos para resolver. De ahí que los jóvenes que se dedican a las matemáticas durante tres o cuatro años, con tanto ánimo como espíritu, igualen muy pronto a los que no están hechos para franquear los límites del arte, y, de ordinario, los geómetras, lejos de ser genios, no son siquiera gente de talento. Eso lo atribuyo a este reducido número de ideas que les absorben y reducen el talento, en lugar de ampliarlo como se imagina. Cuando veo a un geómetra con talento, concluyo que tiene más que otro; sus cálculos sólo hacen referencia a lo superfluo, y siempre excluyen lo necesario.

[26] *Essai historique et philosophique du goût.*

¿Tiene algo de sorprendente que el círculo de nuestras ideas se estreche proporcionalmente al de los objetos que nos ocupan sin cesar? Admito que los geómetras manejan fácilmente la verdad, y sería doble culpa suya, si no supieran el verdadero método para exponerla, desde que el Célebre *M. Clairaut* ha dado sus *elementos de geometría* (pues, ¡dios mío!, ¡en qué desorden y caos se encontraba esta ciencia ante de aparecer la excelente obra!). Pero hacedlos salir de su pequeña esfera, que no hablen de física ni de astronomía, que pasen a objetos más grandes, los cuales no tengan relación alguna con los que dependen de las matemáticas, por ejemplo, a la metafísica, a la moral, a la fisiología, a la literatura, y, semejantes a esos niños que creían tocar el cielo al final de la llanura, encontrarán el mundo de las ideas muy grande. ¡Cuántos problemas, y problemas muy compuestos y muy difíciles! ¡Qué enjambre de ideas (sin contar el esfuerzo que de ordinario los geómetras no hacen para ser letrados y eruditos) y de conocimientos diversos para abarcar con una mirada general, reunir y comparar! Los que a falta de luces recurren a las autoridades para juzgar, no tienen más que leer el discurso que M. de Maupertuis pronunció el día que ingresó en la Academia Francesa, y se verá si exagero el poco mérito de los geómetras, y los talentos necesarios para triunfar en ciencias de una esfera más vasta. Como puede observarse, no lo menciono más que para el sufragio de un profundo geómetra, y, sin embargo, hombre de mucho talento, y que además es un verdadero genio, si se considera que uno lo es por tan raras cualidades como le caracterizan, la verdad, la exactitud, la precisión y la claridad. Que se me muestren en Descartes cualidades tan esenciales al genio, y sobre todo que se me las haga ver en otra parte que no sea en geometría, puesto que tal vez el primero de los geómetras sería una vez más el último de los metafísicos, y el ilustre filósofo al que me refiero, resulta una prueba demasiado evidente de ello. Este habla de las ideas sin saber de dónde, ni cómo le vienen, sus dos primeras definiciones sobre la esencia del alma y de la materia son dos errores, de donde se desprenden todos los demás. Seguramente en estas *Meditaciones metafísicas*, cuya profundidad o más bien oscuridad admira M. Dessandres, Descartes no sabe lo que busca, ni a dónde quiere ir, porque no se entiende a sí mismo. Admite ideas innatas, y no ve en los cuerpos más que una fuerza divina. Demuestra su poco discernimiento, ya sea negando el sentimiento a los animales, formando una duda impracticable, inútil y pueril, ya sea adoptando lo falso como lo verdadero, a menudo no estando de acuerdo consigo mismo, apartándose de su propio método, elevándose mediante el vigor irregular de sus espíritus, para caer desde más arriba y no obtener otra cosa que el honor de dar, como el temerario Icaro, un nombre inmortal a los mares en que se ahogó.

He insinuado y afirmo que los extravíos de Descartes son los de un gran hombre, porque estoy convencido de que sin él, no habríamos tenido los Huyghens, los Boyles, los Mariotte, los Newton, los Musschenbroeck, los Sgravesande, los Boerhaave, etc., los cuales han enriquecido la física con una prodigiosa multitud de experiencias, y que en este sentido se debe permitir a las imaginaciones vivas que se den rienda suelta. Pero, no se ofenda M. Privat de Molière, gran partidario de los sistemas, en particular de la hipótesis cartesiana, ¿qué prueba esto en favor de las conjeturas de Descartes? Por mucho que diga, unos sistemas gratuitos nunca serán otra cosa que castillos en el aire, sin utilidad ni fundamento.

¿Qué diremos de este hijo de la imaginación, de este ingrato, que, injuriándola, puede perfectamente llegar a golpear a su madre, o a su propia nodriza? Ha sido más hábil edificando que Bayle destruyendo, pero este hombre, a menudo sabio, tenía el espíritu más recto y más diligente para evitar el error, y Malebranche sólo ha mostrado un espíritu falso, incapaz de abordar la verdad, porque la imaginación que le domina, no le permite hablar de las pasiones, sin evidenciarlas, ni exponer los errores de los sentidos, sin exagerarlos. Yo admiro la magnificencia de su obra, pues constituye una cadena que no se interrumpe en ningún momento, pero el error, la ilusión, los sueños, los vértigos, el delirio, son sus materiales, y como los guías que le llevan a la inmortalidad. Su palacio se parece al de las hadas, sus manos han condimentado los manjares que nos sirve. ¡Con cuánta razón se dice que sólo ha buscado la verdad en el título de su libro! No muestra más sagacidad descubriéndola, que habilidad dándola a conocer a los demás. Esclavo de los prejuicios, lo adopta todo, y embaucado por un fantasma o una aparición, lleva a cabo las quimeras que le pasan por la cabeza. Los prejuicios se han comparado justamente con estos amigos falsos que hay que abandonar, en cuanto se ha reconocido su perfidia. ¡Ay! ¿quién debe reconocerla, quién debe preservarse de ella si no es un filósofo?

Esto no acaba aquí; no sólo lo ve todo en dios, salvo sus extravagancias y sus locuras, sino que ha podido observarse cómo hace de él un maquinista tan poco hábil, que su obra no puede funcionar, si el

obrero no la hace mover sin cesar, tal sí hubiera pretendido mediante esta idea cartesiana, hacer encontrar poco sorprendente que dios se hubiera arrepentido de crear al hombre.

Después de esto, ¿podía Malebranche aspirar al rango de los genios, es decir, de esos espíritus dichosamente hechos para conocer y exponer claramente la verdad? ¡Cuán diferente es! Pero, sin duda, se le considerará un espíritu celeste, etéreo, cuyas especulaciones se extienden más allá del duodécimo cielo de Ptolomeo, pues unas ideas adquiridas por los sentidos, ¡qué digo! , las ideas innatas de Descartes no le bastan. Este necesita las divinas, extraídas del seno de la inmensidad y del infinito, y necesita un mundo *espiritual*, *inteligible* (o más bien ininteligible), donde se encuentren las *ideas*, es decir, las imágenes, las representaciones de todos los cuerpos, para concluir peligrosamente de ahí, que dios es todo cuanto se ve, y que no puede darse un paso, sin tropezar con él en este vasto universo, según la idea que Lucano expresa así en el noveno libro de su *Farsalia*:

> *Jupiter ést quodcumque vides, quocumque moveris*
> [Júpiter es todo lo que ves, adonde quiera que vayas.]

El célebre Leibniz razona indefinidamente sobre el ser y la sustancia, y cree conocer la esencia de todos los cuerpos. Cierto que sin él nunca habríamos adivinado que hubiera *mónadas* en el mundo, y que el alma fuese una de ellas, ni hubiéramos conocido estos famosos principios que excluyen todas las igualdades en la naturaleza, y explican los fenómenos mediante una *razón*, más *inútil*, que *suficiente*. Wolff se presenta aquí, como un comentario a su texto. Rindamos la misma justicia a este ilustre discípulo, a este comentarista, cuya originalidad le ha llevado incluso a dar su nombre a la secta de su maestro, que aumenta todos los días bajo sus auspicios. El sistema que él ha embellecido mediante la fecundidad y la sutilidad de ideas maravillosamente coherentes es sin lugar a dudas el más ingenioso de todos. Nunca el espíritu humano se ha extraviado de modo más consecuente, ¡qué inteligencia, qué orden, que claridad presiden toda la obra! Con razón, tan grandes talentos le hacen considerar como un filósofo muy superior a todos los demás, e incluso al mismo que ha procurado el fondo de la filosofía wolffiana. La cadena de sus principios está bien tejida, pero el oro de que parece formada, puesto en el crisol, no parecería otra cosa que un metal falso. ¡Ah! ¿precisa pues tanto arte para encajar el error, y para multiplicarlo más? ¿No se diría eso, al oír a estos metafísicos ambiciosos, que han asistido a la creación del mundo, o al desenredo del caos? Sin embargo, sus primeros principios no son más que suposiciones atrevidas, donde el genio tiene menos parte, que una imaginación presuntuosa. ¡Llámeseles si se quiere grandes genios, porque han investigado y han alardeado de conocer las causas primeras! Por mi parte, creo que aquellos que les han despreciado, los harán siempre preferibles, y que el éxito de los Locke, de los Boerhaave, y de todos estos hombres inteligentes, que se han limitado al examen de las causas segundas, demuestra que el amor propio es el único que no saca el mismo provecho de ellas que de las primeras.

El dormir y el soñar

La causa inmediata del dormir parece ser el abatimiento de las fibras nerviosas que parten de la sustancia cortical del cerebro. Este abatimiento puede ser producido, no sólo por el aumento del fluido de los líquidos que comprimen la médula, y por la disminución de esta circulación que no basta para distender los nervios, sino también por la privación de las causas irritantes, la cual a su vez procura reposo y tranquilidad, y, en último término, por el transporte de humores espesos e inmóviles en el cerebro. Todas las causas del dormir pueden explicarse por esta primera.

Cuando se duerme completamente, el alma sensitiva está como aniquilada, porque todas las facultades de la vigilia que le procuraban sensaciones, se hallan enteramente interceptadas en este estado de compresión del cerebro.

Cuando no se duerme del todo, sólo una parte de estas facultades se halla suspendida o interrumpida, y las sensaciones que producen son incompletas o siempre defectuosas en algún punto. Es ahí donde se distinguen los sueños que resultan de estas clases de sensaciones, de aquéllas que afectan al alma al despertar. Los conocimientos que poseemos entonces con mayor exactitud y nitidez nos descubren bastante la naturaleza de los sueños, los cuales consisten en un caos de ideas confusas e imperfectas. Es

raro que el alma perciba mientras sueña alguna verdad fija, que le induzca a reconocer su error.

Mientras soñamos, tenemos un sentimiento interior de nosotros mismos y, al mismo tiempo, un delirio lo bastante grande para creer ver, y para ver en efecto claramente una infinidad de cosas fuera de nosotros, pues nosotros actuamos, intervenga o no la voluntad en nuestras acciones. De ordinario, algunos objetos que más nos han impresionado durante el día se nos aparecen por la noche, y ello es cierto por un igual en lo que respecta a los perros y animales en general. De ahí se desprende que la causa inmediata de los sueños es toda impresión fuerte o frecuente sobre la parte sensitiva del cerebro, que no está dormida o abatida, y que los objetos, que tan vivamente afectan a uno, provienen con toda claridad de los ojos de la imaginación. Se ve además que el delirio que acompaña los insomnios y las fiebres procede de las mismas causas, en la medida en que una porción del cerebro permanece libre y abierta a las huellas de los espíritus, mientras que las demás quedan tranquilas y cerradas. Cuando se habla en sueños, es preciso que los músculos de la laringe, de la lengua y de la respiración, obedezcan a la voluntad, y que, por consiguiente, la región del *sensorio*, de donde parten los nervios que van a desembocar a estos músculos, se encuentre libre y abierta, y que a su vez estos nervios se encuentren llenos de espíritus. En las poluciones nocturnas, los músculos erectores y aceleradores actúan con mucha más fuerza que si uno estuviera despierto, y en consecuencia reciben una cantidad de espíritus mucho más considerable. ¿Qué hombre sin tocar, y quizá incluso tocando a una mujer bella, podría derramar el líquido del coito, tantas veces como ocurre en sueños a personas inteligentes, vigorosas o excitadas? Los hombres y los animales gesticulan, saltan, se estremecen, se quejan; los colegiales recitan sus lecciones y los predicadores declaman sus sermones, etc. Los movimientos del cuerpo responden a los que tienen lugar en el cerebro.

Es fácil explicar ahora los movimientos de aquellos a quienes se llama *sonámbulos* o *noctámbulos*, porque se pasean durmiendo. Varios autores cuentan historias curiosas al respecto, habiendo visto cómo se producían las caídas más espantosas y a menudo sin peligro.

De lo que se ha dicho referente a los sueños, se desprende que los sonámbulos en realidad duermen perfectamente en ciertas partes del cerebro, mientras están despiertos en otras, merced a las cuales la sangre y los espíritus, aprovechándose de los pasajes abiertos, se deslizan a los órganos del movimiento. Nuestra admiración disminuirá todavía más al considerar los grados sucesivos, por los que unas pequeñas acciones llevadas a cabo durmiendo conducen a las más grandes y a las más complejas, tantas veces como una idea acude al alma con bastante fuerza para convencerla de la presencia real del fantasma que la imaginación le presenta, articulándose entonces en el cuerpo unos movimientos que responden a la voluntad que esta idea hace nacer. Pero en lo tocante a la habilidad de los sonámbulos y a las precauciones que éstos toman, ¿tenemos acaso más facilidad que ellos para evitar mil riesgos, cuando andamos de noche por lugares desconocidos? La topografía del lugar se pinta en el cerebro del noctámbulo, el cual conoce el lugar que recorre, y la sede de esta pintura tiene que ser en él tan móvil, tan libre y tan clara, como en los que velan.

Conclusión sobre el ser sensitivo

Hay muchas otras cosas que conciernen a nuestros conocimientos, y que no interesan poco a nuestra curiosidad, pero se encuentran más allá de nuestro alcance, y nosotros ignoramos qué cualidades debe adquirir el principio material sensitivo para tener la facultad inmediata de sentir, del mismo modo que no sabemos si este principio posee este poder en toda su perfección, desde el primer instante que habita en un cuerpo animado. Es posible que tenga sensaciones más imperfectas, más confusas, o menos distintas, pero, ¿podría ocurrir que estos defectos vinieran de otros órganos corporales que le procuran dichas sensaciones? Esta posibilidad cuando menos es fácil de fundar, puesto que todas le son mermadas por la interceptación del flujo de los espíritus durante el sueño, y porque este mismo principio sensitivo es un sueño ligero o imperfecto, no tiene más que sensaciones incompletas, aunque, por cuanto a él se refiere, está inmediatamente dispuesto a recibirlas completas y distintas. No me pregunto qué ocurre con tal principio al morir, si conserva esta inmediata facultad de sentir, y si en este caso otras causas que no sean los órganos que actúan sobre él en vida, pueden darle sensaciones que lo hagan feliz o desdichado. No me pregunto, «si esta parte, desvinculada de sus lazos y conservando su esencia, permanece errante, siempre dispuesta a reproducir un animal nuevo, o a reaparecer revestida de un

cuerpo nuevo' y si tras haberse disipado en el aire o en el agua, oculta entre las hojas de las plantas o en la carne de los animales, se reencuentra en la semilla del animal que va a reproducir». Me inquieta poco «si el alma, capaz de animar nuevos cuerpos, puede reproducir todas las especies posibles por la única diversidad de las combinaciones»

[27]. Estas cuestiones son de tal índole que permanecerán eternamente inciertas. Hemos de reconocer que sobre todo esto carecemos de luces, porque no sabemos nada más que lo que nos enseñan nuestras sensaciones, las cuales nos abandonan aquí, y, por consiguiente, no podemos permitirnos hacer conjeturas al respecto. Un hombre inteligente propone problemas, el tonto y el ignorante deciden, pero la dificultad sigue siendo la misma para el filósofo. Sometámonos pues a la ignorancia y dejemos murmurar a nuestra vanidad. Lo que me parece bastante cierto y conforme a los principios establecidos anteriormente, es que los animales pierden al morir su capacidad inmediata de sentir, y que, por consiguiente el alma sensitiva se aniquila verdaderamente con ellos. Aquélla sólo existía en virtud de modificaciones que han dejado de producirse.

Capítulo XIII

FACULTADES INTELECTUALES, O DEL ALMA RAZONABLE

Las facultades correspondientes al alma razonable son las percepciones intelectuales, la libertad, la atención, la reflexión, el orden o la disposición de las ideas, el examen y el juicio.

Las percepciones

Las percepciones son las relaciones que el alma descubre en las sensaciones que la afectan. Las sensaciones producen relaciones que son puramente sensibles, y otras, que sólo se descubren tras un serio examen. Cuando oímos un ruido, nos impresionan tres cosas: 1.º el ruido, que es la sensación; 2.º la distancia de nosotros a la causa que provoca el ruido, la cual es distinta de la sensación del ruido, aunque sólo sea una dependencia de ésta, en relación al modo en que este sonido nos afecta, y no sea por consiguiente más que una simple percepción, pero una percepción sensible, porque es el mismo sentimiento el que nos la da; y 3.º la manera en que la causa produce el ruido, alterando el aire que acude a impresionar nuestros oídos. Pero tal conocimiento sólo puede adquirirse mediante

las investigaciones del espíritu, y los conocimientos de este último tipo constituyen las llamadas *percepciones intelectuales*, porque la simple sensación no nos los puede procurar por sí misma, y, para tenerlos, es preciso replegarse sobre ella y examinarla.

Estas percepciones sólo se descubren con ayuda de las sensaciones indagadas atentamente, en la medida en que cuando veo un cuadrado, a primera vista no percibo en él nada que no impresione asimismo a los animales, mientras un geómetra, que dedica todo su talento a descubrir las propiedades de dicha figura, recibe de la impresión que este cuadrado causa a sus sentidos una infinidad de percepciones intelectuales, que escapan para siempre a aquellos que, limitados a la sensación del objeto, no ven más allá de sus ojos. Concluyamos así, que esta operación del alma, tan desligada, tan metafísica, y tan rara en la mayoría de las cabezas, no tiene otra fuente que la facultad de sentir, pero de sentir en tanto que filósofo, o de una manera más atenta y más estudiada.

La libertad

La libertad es la facultad de examinar detenidamente para descubrir verdades, o la facultad de deliberar para decidirnos a actuar o no actuar razonablemente. Esta facultad nos presenta dos cosas a considerar: 1.º los motivos que nos determinan a examinar o a deliberar, ya que no hacemos nada sin

---

[27] Venus física.

alguna impresión, que, actuando sobre el fondo del alma, mueva y determine nuestra voluntad, y 2.º los conocimientos que deben examinarse para estar seguros de las verdades que se buscan, o los motivos que deben sopesarse o apreciarse para tomar un partido.

Es evidente que en el primer caso, son sensaciones las que anticipan los primeros pasos de nuestra libertad, y las que predeterminan el alma, sin que se mezcle en ello ninguna deliberación de su parte, puesto que son estas mismas sensaciones las que la inducen a deliberar. En el segundo caso, sólo se trata de un examen de las sensaciones, y, en virtud de esta revisión atenta, podemos encontrar las verdades que buscamos, y constatarlas. Luego se trata de diferentes motivos, o de diversas sensaciones, que nos llevan unas a actuar, y otras a no actuar. Es cierto pues que la libertad consiste también en la facultad de sentir.

No quiero, sin embargo, silenciar una disputa, que aún no está fallada, porque el examen, que es el acto principal de la voluntad, exige una voluntad dispuesta a dedicarse a los objetos que se quiere conocer exactamente, y esta voluntad fija es conocida por el nombre de atención, la madre de las ciencias. Así, uno se pregunta si esta misma voluntad no exige en el alma una fuerza, mediante la cual pueda fijarse y supeditarse por sí misma al objeto de sus indagaciones, o si los motivos que la predeterminan, bastan para fijar y mantener su atención.

> *Non nostrum inter nos tantas componere lites*
> [No es asunto mío dirimir tamaña contienda entre vosotros.]

Como todavía no existe acuerdo sobre este punto, parece que todas las razones alegadas por una y otra parte, no llevan consigo este *criterium veritatis*, al que sólo acceden los espíritus filosóficos, y por eso, evitaremos las grandes tentativas para allanar dificultades tan grandes. Bástenos observar que en la atención, el alma puede actuar por su propia fuerza, quiero decir, por su fuerza motriz, por esta actividad coesencial a la materia, y que casi todos los filósofos, como se ha dicho, han incluido en el número de los atributos esenciales del ser sensitivo, y en general de la sustancia de los cuerpos.

Pero, no nos refiramos tan ligeramente a la atención. Las ideas que conciernen a las ciencias son complejas. Las nociones particulares que forman tales ideas son destruidas por los embates de otras ideas, que se expelen sucesivamente. Así es cómo se debilita y desaparece poco a poco la idea que queremos girar de todos lados, para observar sus caras y para grabar sus partes en la memoria. Qué hay que hacer para retenerla, si no es impedir esta sucesión rápida de ideas siempre nuevas, cuyo número agobia o distrae al alma hasta privarle de la facultad de pensar. Se trata como de poner una especie de freno, que retenga la imaginación, y de conservar este mismo estado del *sensorio común*, procurado por la idea que se quiere abordar y examinar. Hay que desviar por completo la acción de todos los demás objetos, para no conservar más que la impresión del primer objeto que la ha impresionado, y concebir una idea distinta, clara, viva, y de larga duración. Es preciso que todas las facultades del alma, dirigidas y clarividentes hacia un solo punto, es decir, hada el pensamiento favorito al que uno se aficiona, sean ciegas con respecto a todo lo demás. Es preciso también que el espíritu amortigüe este tumulto que tiene lugar en nosotros a pesar nuestro, y, por último, que el alma se halle de algún modo tensada por una sola percepción y piense en ella con complacencia, con fuerza, como para conservar un bien que le es querido. En efecto, si la causa de la idea que nos preocupa, no aventaja en fuerza a todas las demás ideas, éstas entrarán desde fuera al cerebro, y se formarán otras en el interior, independientemente de aquéllas, que dejarán huellas perjudiciales para nuestras pesquisas hasta el punto de desconcertarlas y desbaratarlas. La atención es la clave que puede abrir, por así decir, la sola parte de la médula del cerebro donde reside la idea que queremos representarnos a nosotros mismos. Entonces, si las fibras del cerebro, tensas al extremo, han puesto una barrera que impide todo comercio entre el objeto escogido y todas las ideas indiscretas que se apresuran a perturbarlo, se obtiene la percepción más clara y luminosa posible.

Nosotros no pensamos más que en una sola cosa a la vez, en el mismo momento, y otra idea sucede a la primera, con una velocidad que no puede definirse, pero que, no obstante, parece ser diferente en diversos individuos. La nueva idea que se presenta al alma es percibida, si acaece cuando la primera ha desaparecido, de lo contrario el alma no la distingue. Todos nuestros pensamientos se expresan mediante palabras, y el espíritu no piensa más de dos cosas a la vez, sin que la lengua no pronuncie dos palabras. ¿A qué se debe pues la vivacidad de los que resuelven tan de prisa los problemas más complejos y más difíciles? A la facilidad con que su memoria retiene como verdadera la proposición más cercana

a aquella que expone el problema. Así, mientras piensan en la undécima proposición, por ejemplo, se despreocupan de la verdad de la décima, y consideran como axiomas todas las cosas precedentes, demostradas de antemano, y de las que tienen una recopilación clara en la cabeza. Por eso un gran médico ve de una ojeada todas las causas de la enfermedad, y lo que precisa hacer para combatirlas.

Sólo nos queda tratar de la reflexión, la meditación y el juicio.

La reflexión

La reflexión es una facultad del alma que recuerda y reúne todos los conocimientos que le son necesarios para descubrir las verdades que busca, que necesita para deliberar, o para apreciar los motivos que deben determinarla a actuar o a no actuar. En esta indagación, el alma es guiada por la vinculación que las ideas tienen entre sí y que le procuran de algún modo el hilo que debe guiarla, para que pueda acordarse de los conocimientos que quiere reunir con intención de examinarlos a continuación y decidirse, de manera a que la idea que la afecta actualmente, la sensación que la ocupa en el momento presente, la lleve poco a poco, insensiblemente y como de la mano, a todas las que tienen alguna relación con ella. De un conocimiento general, ésta pasa así fácilmente a las especies, desciende a las particularidades, al igual que puede ser conducida por los efectos y la causa, de esta causa a las propiedades, y de las propiedades al ser. Así, siempre debido a la atención que aporta a sus sensaciones, aquéllas que actualmente le preocupan, la conducen a otras, merced a la vinculación que todas nuestras ideas tienen entre sí. Tal es el hilo que la naturaleza presta al alma para guiarla en el laberinto de sus pensamientos y ayudarla a desenredar el caos de materia e ideas en que se halla sumida.

La disposición de las ideas

Antes de definir la meditación, diré una palabra sobre la disposición de las ideas. Toda vez que éstas tienen diversas relaciones entre sí, el alma no siempre es conducida por la vía más breve en sus pesquisas. Sin embargo, cuando ésta logra recordar los conocimientos que quería reunir, aunque por caminos desviados, percibe entre éstos unas relaciones que pueden guiarla por senderos más luminosos y más cortos. Se amarra así a esta sucesión de relaciones, para reencontrar y examinar estos conocimientos con más orden y facilidad.

Tenemos pues todavía perfecto derecho para inferir que el alma razonable sólo actúa como un ser sensitivo, incluso cuando reflexiona y trabaja para disponer sus ideas.

La meditación o el examen

Cuando el alma está resuelta a hacer algunas investigaciones, tras haber recogido los conocimientos que le son necesarios y haberlos dispuesto y revisado en orden para consigo misma, se pone a contemplarlos seriamente con esta mirada fija que no pierde de vista su objeto, para descubrir en ellos todas las percepciones que escapan, cuando sólo se tienen sensaciones pasajeras; y este examen es el que predispone al alma para juzgar o asegurarse con respecto a las verdades que persigue, o bien para sentir el peso de los motivos que la deben decidir acerca del partido que debe tomar.

Es inútil observar que esta operación del alma depende también por entero de la facultad sensitiva, porque examinar no es otra cosa que sentir más exacta y distintamente, para descubrir en las sensaciones las percepciones que han podido deslizarse ligeramente en el alma, por no haber prestado suficiente atención las otras veces que hemos sido afectados por ellas.

El juicio

La mayoría de los hombres lo juzgan todo, y, lo que es igual, juzgan mal. ¿Se debe a las ideas simples, las cuales son todas nociones solas y aisladas? No, nadie confunde la idea del azul con la del rojo, pero uno se equivoca con las ideas compuestas, cuya esencia depende de la unión de varias ideas simples. No se espera haber adquirido la percepción de todas las nociones que caben en dos ideas

compuestas, pues para ello hace falta paciencia y modestia, atributos que hacen enrojecer demasiado al orgullo y la pereza del hombre. Pero si la noción de la idea A coincide con la de la idea B, a menudo juzgo que A y B son lo mismo, por no prestar atención al hecho de que la primera noción no es más que una parte de la idea en la cual se incluyen otras nociones, que disienten de esta conclusión. La propia voluntad nos engaña mucho. Nosotros vinculamos dos ideas, por sentimiento de amor o de odio, las unimos, aunque sean muy diferentes, y juzgamos ideas propuestas, no por sí mismas, sino mediante estas ideas con las que las hemos vinculado, y que no son nociones *componentes*, de la idea que había de juzgarse, sino nociones completamente ajenas y accidentales para esta misma idea. Se excusa una cosa y se condena otra, según el sentimiento que nos afecta. Seguimos engañándonos debido a este vicio de la voluntad y de la asociación de ideas, cuando, antes de juzgar, deseamos que alguna idea coincida o no coincida con otra; de ahí nace el gusto por tal secta o por tal hipótesis, a propósito del cual nunca se llega a conocer la verdad.

Del mismo modo que el juicio es la combinación de las ideas, el razonamiento es la comparación de los juicios. Para que éste sea justo, es preciso tener dos ideas claras o una percepción exacta de dos cosas, ver a su vez la tercera idea que se compara con ellos, y que la evidencia nos obligue a deducir afirmativa o negativamente la conveniencia o inconveniencia de estas ideas. Eso se hace en un abrir y cerrar de ojos, cuando se ve claro, es decir, cuando se tiene penetración, discernimiento y memoria.

Los necios razonan mal, pues tienen tan poca memoria, que no se acuerdan de la idea que acaban de percibir, o si han podido juzgar acerca de la similitud de las ideas, ya han perdido de vista este juicio, cuando se trata de inferir de él una tercera idea, que sea la justa consecuencia de las otras dos. Los locos hablan sin coherencia en sus ideas, y propiamente hablando, sueñan. En este sentido, los necios son como los locos. No se aplican la justicia de creer que sólo *son ignorantes*, pues no tienen espíritu más que para su amor propio, clara compensación por parte de la naturaleza.

De nuestra teoría se deduce que, cuando el alma percibe distinta y claramente un objeto, está obligada por la misma evidencia de las sensaciones a admitir las verdades que la impresionan vivamente, y es a esta aquiescencia pasiva, lo que hemos denominado juicio. Digo pasiva, para hacer ver que no parte de la acción de la voluntad, como dice Descartes. Cuando el alma descubre con la misma claridad las ventajas que prevalecen en los motivos que deben movernos a actuar o a no actuar, es obvio que esta decisión no sigue siendo más que un juicio de la misma naturaleza que aquél que ella hace, cuando cede a la verdad por la evidencia que acompaña a sus sensaciones.

Nosotros no conocemos lo que pasa en el cuerpo humano, para que el alma ejerza su facultad de juzgar, razonar, percibir, sentir, etcétera. El cerebro cambia de estado sin cesar, y los espíritus dejan continuamente nuevas huellas, que dan necesariamente nuevas ideas y hacen nacer en el alma una sucesión incesante y rápida de diversas operaciones. Para no tener ideas, es preciso que los canales, por los que fluyen estos espíritus, se hallen completamente obstruidos por la presión de un sueño muy profundo. Sí las fibras del cerebro se recuperan de su abatimiento, los espíritus se abren paso por los caminos abiertos, y las ideas, que son inseparables de los espíritus, van y galopan con ellos. *Todos los pensamientos*, como observa juiciosamente Crousaz, *nacen unos de otros: el pensamiento* (o más bien el alma, cuyo pensamiento no es más que un accidente) *se modifica y pasa por diversos estados, y, según la variedad de sus estados y de sus maneras de ser o de pensar, éste llega al conocimiento de una cosa u otra. Este se siente a sí mismo, es el objeto inmediato para sí mismo, y sintiéndose así, se representa cosas diferentes de sí mismo*. Que aquellos que creen que las ideas difieren del pensamiento, y que el alma tiene, como la vista, sus ojos y sus objetos, y que, en definitiva, las diversas contemplaciones del alma no son diversas maneras de sentirse a sí misma, respondan a esta modesta reflexión.

Capítulo XIV

SÓLO LA FE PUEDE FIJAR NUESTRA CREENCIA EN LA NATURALEZA RAZONABLE

Está demostrado que el alma razonable tiene funciones mucho más amplias que el alma sensitiva, limitada a los conocimientos que puede adquirir en los animales, donde ésta se halla únicamente reducida a las sensaciones y a las percepciones sensibles, y a las determinaciones maquinales, es decir, sin que se produzca deliberación alguna. El alma razonable puede elevarse efectivamente hasta las percepciones, o a las ideas intelectuales, aunque goce poco de esta noble prerrogativa en la mayoría de los hombres. Pocos (es una confesión que la verdad no me arranca sin dolor), pocos salen de la esfera del mundo sensible, porque en ella encuentran todos los bienes, todos los placeres del cuerpo, y no sienten la ventaja de los placeres filosóficos, de la misma felicidad que se experimenta a medida que uno se aferra a la búsqueda de la verdad, pues el estudio hace más que la piedad. Este no sólo *preserva del aburrimiento*, sino que a menudo procura esta especie de voluptuosidad, o más bien de satisfacción interior, que he llamado sensaciones espirituales, las cuales sin duda son muy del gusto del amor propio.

Después de esto, ¿es sorprendente que el mundo abstracto intelectual, donde no está permitido tener un sentimiento, sin que sea examinado por los censores más rigurosos, es sorprendente —pregunto— que este mundo esté casi desierto, tan abandonado como el del ilustre fundador de la secta cartesiana, puesto que sólo lo habitan un número reducido de sabios, es decir, de hombres que piensan (ya que la verdadera sabiduría está allí, y todo lo demás son prejuicios)? ¡Ay! ¿qué es pensar, sino pasarse la vida cultivando una tierra ingrata, que sólo produce a base de cuidados y cultivo? En efecto, ¿existen entre cien personas, dos para quienes el estudio y la reflexión tengan atractivo? ¿Bajo qué aspecto el mundo intelectual al que me refiero, aparece ante los demás hombres, que conocen todas las ventajas de sus sentidos, excepto el principal, que es el espíritu? No habrá que hacer ningún esfuerzo para creer que desde lejos no les parece otra cosa que un país ideal, cuyos frutos son puramente imaginarios.

Es como consecuencia de esta superioridad del alma humana en relación a la de los animales, que los antiguos la han llamado alma razonable. Pero, también han puesto mucho interés en averiguar si estas facultades no venían de las del cuerpo, que siguen siendo más excelsas en el hombre. En primer lugar, han observado que todos los hombres no tenían, ni con mucho, el mismo grado, ni la misma capacidad de inteligencia, y al buscar la razón de esta diferencia, han creído que sólo podía depender de la organización corporal, más perfecta en unos que en otros, pero no de la misma naturaleza del alma. Observaciones muy simples han confirmado su punto de vista. Estos han comprobado así, que las causas que pueden producir desconcierto en los órganos, perturban, alteran el espíritu, y pueden volver imbécil al hombre que tiene más inteligencia y sagacidad del mundo.

De allí han deducido con bastante claridad, que la perfección del espíritu consiste en la excelencia de las facultades orgánicas del cuerpo humano, y si sus pruebas no han sido sólidamente refutadas hasta ahora, es porque se basan en hechos. ¿Para qué sirven entonces todos los razonamientos, frente a experiencias incontrovertibles y observaciones diarias?

Sin embargo, es preciso saber que algunos han considerado nuestra alma no sólo como *una sustancia espiritual* —porque para ellos esta expresión sólo significaba una materia ligera, activa, y de una sutilidad imperceptible— sino incluso como inmaterial, porque en la sustancia de los cuerpos distinguían, como se ha repetido tantas veces, la parte desnuda, es decir, la que consideraban simplemente móvil y a la que sólo daban el nombre de materia, de las formas activas y sensitivas de estas sustancias. De este modo, el alma antaño sólo se decoraba con los epítetos de *espiritual e inmaterial*, porque se la consideraba como la forma o la facultad activa y sensitiva perfectamente desarrollada, e incluso elevada al punto más alto de penetración en el hombre. Mediante lo que acabo de decir, se conoce el verdadero origen de la metafísica, pertinentemente rebajada de su quimérica nobleza.

Algunos han querido destacarse, sosteniendo que el alma razonable y el alma sensitiva constituían dos almas de una naturaleza realmente distinta, y que se debía estar alerta para no confundirlas. Pero, al estar demostrado que el alma sólo puede juzgar por las sensaciones que tiene, la idea de estos filósofos ha parecido implicar una contradicción manifiesta, que ha sublevado a todos los espíritus rectos y exentos de prejuicios. Además, hemos hecho observar a menudo que todas las operaciones del alma se bloquean por completo, cuando su sentimiento se suspende, como en todas las enfermedades del cerebro, que obstruyen y destruyen todas las comunicaciones de ideas entre esta víscera y los órganos sensitivos.

De manera que, cuando más se examinan las facultades intelectuales en sí mismas, más nos convencemos de que todas quedan contenidas en la facultad de sentir, de la que dependen tan esencialmente, que sin ella, el alma jamás llevaría a cabo ninguna de sus funciones.

Por último, algunos filósofos han pensado que el alma no es materia ni cuerpo, porque considerando la materia mediante abstracción, la contemplaban dotada únicamente de propiedades pasivas y mecánicas, y, a su vez, tampoco veían el cuerpo más que como revestido de todas las formas sensibles, de las que estas mismas propiedades pueden hacer a la materia susceptible. Luego, como son los filósofos quienes han fijado el significado de los términos, y que la fe, para darse a entender a los hombres, ha debido servirse necesariamente del lenguaje de los propios hombres, de ahí que quizá en este sentido se haya abusado, y que la fe haya separado el alma de la materia y del cuerpo en que habita. De igual modo, debido a que los metafísicos antiguos han demostrado que el alma es una sustancia activa y sensible, y que toda sustancia es por sí misma imperecedera, ¿no parece por consiguiente natural que la fe haya declarado como conclusión que el alma era inmortal?

Así es, a mi juicio, como pueden ponerse de acuerdo la revelación y la filosofía, aunque aquélla termine donde la otra empieza. Sólo las luces de la fe nos permiten fijar nuestras ideas sobre el origen inexplicable del mal, y sólo ésta nos desarrollará lo justo y lo injusto, nos hará conocer la naturaleza de la libertad junto con todos los auxilios espirituales que guían su ejercicio. En fin, puesto que los teólogos tienen un alma tan superior a la de los filósofos, que nos digan y nos hagan imaginar, si pueden, lo que tan bien conciben, la esencia del alma y su estado tras la muerte. Pues la filosofía sana y razonable no sólo confiesa abiertamente que no conoce a este ser incomparable que se decora con el bello nombre de alma y de atributos divinos, y que le parece que es el cuerpo el que piensa [28], sino que siempre ha increpado a los filósofos que se han atrevido a afirmar algo positivo sobre el alma, semejante en eso a estas sensatas academias [29] que, como sólo admiten hechos en física, no adoptan ni los sistemas ni los razonamientos de los miembros que las componen.

Reconozco una vez más que, por mucho que conciba las partes más delicadas y más sutiles de la materia, y, en definitiva, su más perfecta organización, no me resulta más fácil concebir que la materia pueda pensar. Pero, 1.º la materia se mueve por sí misma, y pregunto a estos filósofos, que parecen haber asistido a la creación, que me expliquen este movimiento, si lo conciben; 2.º He aquí un cuerpo organizado: ¡Cuántos sentimientos se imprimen en este cuerpo, y qué difícil es percibir la causa que los produce! ; 3.º ¿Es acaso más fácil hacerse una idea de una sustancia que, al no ser materia, no estaría al alcance de la naturaleza ni del arte, y que no se podría hacer inteligible por ningún medio, que de una sustancia, que no se conoce a sí misma, que aprende y se olvida de pensar en las diferentes edades de la vida?

Si se me permite recorrer estas edades un momento, vemos que los niños son como una especie de pájaros, que sólo aprenden unas cuantas palabras e ideas a la vez, porque tienen el cerebro blando. El juicio sigue a pasos lentos a la memoria, pues es preciso que las ideas se hagan y se graben en el cerebro, antes de poder ordenarlas y combinarlas. Cuando se razona, se tiene talento, y éste se acrecienta mediante el comercio con los que tienen, embelleciéndose mediante la comunicación de las ideas o de los conocimientos ajenos. Una vez pasada la adolescencia, las lenguas y las ciencias se aprenden difícilmente, porque las fibras poco flexibles no tienen la misma capacidad para recibir con prontitud y conservar las ideas adquiridas. El anciano, *laudator temporis acti* [elogiador del pasado], es esclavo de los prejuicios que se han endurecido con él. Los vasos aproximan sus paredes vacías, o se fusionan con el líquido que se ha secado, y todo, hasta el corazón y el cerebro, se osifica con el tiempo, de igual modo que los espíritus se infiltran apenas en el cerebro y en el cerebelo, y los ventrículos del corazón

[28] Soy cuerpo y pienso (Voltaire, *Lettre philosophique sur l'âme*). Ved cómo se burla del razonamiento que se hace en las escuelas para probar que la materia (la cual no se conoce) no puede pensar.

[29] Ved el prefacio que M. de Fontenelle ha colocado a modo de introducción en las Memorias de la Academia de las Ciencias.

no tienen más que un débil émbolo. Resultado: carencia de sangre y de movimiento, carencia de padres y amigos a los que ya no se conoce, y carencia de sí mismo, que uno ignora. Esa es la edad decrépita, la nueva infancia, la segunda vegetación del hombre, la cual termina como ha empezado. ¿Es preciso ser misántropo y despreciar la vida por tal motivo? No, si se tiene placer en sentir, no hay mayor bien que la vida, y si se ha sabido gozarla, por mucho que digan y canten nuestros poetas [30], valía la *pena nacer*, vivir y morir.

Habéis visto que la facultad sensitiva realiza por sí sola todas las facultades intelectuales, que lo hace todo tanto en el hombre como en los animales, y que, finalmente, todo se explica a través de ella. ¿Por qué, pues, preguntar a un ser imaginario más distinguido las razones de vuestra superioridad sobre todo lo que respira? ¿Para qué os creáis la necesidad de una sustancia de origen más elevado? ¿Acaso es demasiado humillante para vuestro amor propio tener tanto espíritu y tantas luces, sin conocer su fuente? No, al igual que las mujeres presumen de su belleza, los espíritus sabios siempre tendrán un orgullo que los hará odiosos en la sociedad, y los propios filósofos quizá no serán nunca lo suficientemente filósofos para evitar este peligro universal. Por lo demás, préstese atención al hecho de que yo no trato aquí más que de la historia natural de los cuerpos animados, y que, con respecto a lo que no atañe en nada a esta física, basta, a mi parecer, que un filósofo cristiano se someta a las luces de la revelación, y renuncie de buena gana a todas sus especulaciones, para utilizar un recurso común a todos los fieles. Sí, sin duda, eso debe bastar, y, por consiguiente, nada puede impedirnos que llevemos más lejos nuestras investigaciones físicas y confirmemos esta teoría de las sensaciones con hechos indiscutibles.

Capítulo XV

HISTORIAS PARA PROBAR QUE TODAS LAS IDEAS VIENEN DE LOS SENTIDOS

Un sordo de Chartres

Un joven, hijo de un artesano, sordo y mudo de nacimiento, empezó de pronto a hablar, con gran asombro de la ciudad. Se supo de él que tres o cuatro meses antes había oído el sonido de las campanas, y se había quedado completamente estupefacto ante esta sensación nueva y desconocida. A continuación, le había salido como una especie de agua de la oreja derecha, y había oído perfectamente por las dos orejas. Pasó tres o cuatro meses escuchando sin decir nada, acostumbrándose a repetir en voz baja las palabras que oía, y fijándose en la pronunciación y en las ideas asociadas a las palabras. Finalmente se consideró capaz de romper el silencio, y declaró que hablaba, aunque todavía lo hiciera de un modo imperfecto. Al instante, unos hábiles teólogos le interrogaron sobre su estado anterior, y sus principales preguntas versaron sobre dios, el alma, la bondad, o la malicia moral de las acciones. No pareció haber llevado sus pensamientos hasta allí. Aunque hubiera nacido de padres católicos, asistiera a misa, y se le hubiera enseñado a hacer la señal de la cruz y a ponerse de rodillas con la presencia de ánimo de un hombre que reza, nunca lo había hecho con ninguna intención, ni siquiera con aquéllas que los demás tenían. Además, no sabía claramente lo que era la muerte, y nunca pensaba en ella. Llevaba una vida puramente animal, absorta por completo en los objetos sensibles y presentes, y en las pocas ideas que recibía por los ojos. De la comparación de estas ideas ni siquiera extraía todo lo que, al parecer, habría podido extraer. No es que no tuviera naturalmente talento [31], pero el espíritu de un hombre privado del comercio con los demás suele estar tan poco cultivado

[30] Rousseau, *Miroir de la vie.*

[31] O más bien la facultad de tenerlas,

y tan poco adiestrado, que sólo pensaba en la medida en que se veía indispensablemente forzado por los objetos exteriores. La mayoría de ideas

[32] que tienen los hombres surgen de su comercio recíproco.

Esta historia conocida en toda la ciudad de Chartres se incluye en la de la academia de las ciencias.

Un hombre sin ideas morales

Desde hace más de quince años, en el palacio de Conti hay un cocinero, que sin tener nada de sordo, a no ser el espíritu, responde que ha estado en el huerto, cuando se le pregunta sí ha ido a misa. No tiene ninguna idea adquirida de la divinidad, y cuando se quiere saber de él si cree en dios, el sinvergüenza dice que no y que éste no existe. Tal hecho pasa en el palacio mencionado por la *duplicata* del de Chartres, por cuya razón lo he agregado aquí.

El ciego de Cheselden

Para ver, es preciso que los ojos estén, por así decir, en consonancia con los objetos. Pero, si las partes internas de este órgano admirable no tienen su posición natural, sólo se ve confusamente. M. de Voltaire, en *Elementos de la filosofía de Newton*, cap. 6, refiere que el ciego de nacimiento de catorce años de edad, al que Cheselden extirpó la catarata, no vio tras esta operación más que una luz coloreada, sin que pudiera *distinguir un globo de un cubo*, ni tener idea alguna de extensión, distancia, figura, etc. Creo, 1º que si las partes del ojo no están bien colocadas, la visión debe efectuarse mal (para que se restablezca, es preciso que el cristalino destronado haya tenido tiempo de fundirse, pues no es necesario a la vista); 2.º si aquél ve luz y colores, ve por consiguiente extensión; y 3.º los ciegos tienen el tacto fino, y un sentido siempre saca partido del defecto de otro sentido. Los hilos nerviosos, no perpendiculares como por todo el cuerpo, sino paralelos y longitudinalmente extendidos hasta la punta de los dedos, como para mejor examinar un objeto, estos hilos, digo, que constituyen el órgano del tacto, tienen una sensibilidad exquisita en los ciegos, que, por consiguiente, adquieren fácilmente por contacto las ideas de las figuras, de las distancias, etc. Luego, un globo atentamente considerado mediante el tacto, claramente imaginado y concebido, no tiene más que mostrarse a los ojos abiertos, y éste será conforme a la imagen o a la idea grabada en el cerebro. En consecuencia, el alma no podrá dejar de distinguir esta figura de cualquier otra, si el órgano dióptrico tiene la disposición interna necesaria para la visión. De este modo, los dedos de un anatomista muy hábil tampoco podrán dejar de reconocer con los ojos cerrados todos los huesos del cuerpo humano, encajarlos todos juntos y construir un esqueleto, al igual que un perfecto músico no podrá dejar de contraer su glotis hasta el punto requerido para coger el verdadero tono que se le pide. Las ideas recibidas por los ojos se reencuentran tocando, y las del tacto, viendo.

Por lo demás, Locke ya nos había prevenido en lo relativo a lo que se había decidido antes de esta operación, al tratar el problema del sabio Molineux. Por eso me atrevo a dar por hecha una de las dos cosas; no se ha dado tiempo al órgano dióptrico alterado, para que vuelva a colocarse en su asiento natural, o, a fuerza de atormentar al nuevo vidente, se le ha hecho decir lo que se quería que dijera. Pues, para apoyar el error, se tiene más habilidad que para descubrir la verdad. Estos *ingeniosos teólogos* que interrogaron al sordo de Chartres, esperaban encontrar en la naturaleza del hombre juicios anteriores a la primera sensación. Pero dios, que no hace nada inútil, no nos ha dado ninguna idea primitiva, ni siquiera, como se ha dicho tantas veces, de sus propios atributos. Y para volver al ciego de Cheselden, estos juicios no le habrían servido de nada para distinguir con la vista un globo de un cubo: bastaba con darle tiempo para abrir los ojos y mirar el espectáculo que compone el universo. Cuando abro la

[32] Todo el fondo. M. de Fontenelle lo afirma sin pensarlo, cuando dice que este sordo no tenía más que las ideas que recibía por los ojos, pues se deduce que ciego, no habría tenido ideas.

ventana, ¿puedo acaso distinguir los objetos al primer instante? De ahí que el *dedo pulgar* pueda parecer *grande como una casa*, al percibir la luz por primera vez. Lo que sería sorprendente, es que un hombre que ve las cosas con tales dimensiones, no tuviera ninguna percepción del tamaño, como se dice contradictoriamente.

Métodos de Amman para enseñar a hablar a los sordos

He aquí el método según el cual Amman enseña a hablar en poco tiempo a los sordos y mudos de nacimiento: 1.º el discípulo toca la garganta del maestro mientras habla, para adquirir a través del tacto, la idea o la percepción del temblor de los órganos de la palabra; 2.º examina por sí mismo su propia glotis del mismo modo, e intenta imitar los mismos movimientos que el tacto ya le ha permitido percibir; 3.º sus ojos le sirven de oídos (según la idea de Amman), es decir, mira atentamente los diversos movimientos delante de un espejo y los repite hasta hacer una perfecta ejecución; 4.º el maestro aprieta la nariz de su discípulo suavemente, para acostumbrarlo a hacer pasar el aire solamente por la boca; 5.º escribe la palabra que ordena pronunciar para que éste la estudie y la pronuncie sin cesar en particular.

Los sordos no hablan, como se cree, en cuanto empiezan a oír; de lo contrario, todos nosotros hablaríamos fácilmente una lengua extranjera, que sólo se aprende mediante el hábito de los órganos a pronunciarla. Sin embargo, tienen más facilidad para hablar, por eso el oído que Amman da a los sordos, es el gran misterio y la base de su arte. Sin duda, a fuerza de agitar el fondo de su garganta, como ven que se hace, sienten merced al canal de Eustaquio un temblor, un cosquilleo, que les permite distinguir el aire sonoro del que no lo es, y les hace saber que hablan, aunque con una voz ruda y grosera, que sólo se suaviza mediante la práctica y la repetición de los mismos sonidos. He aquí el origen de una sensación que les era desconocida, y he aquí el modelo de la fabricación de todas nuestras ideas. Nosotros no aprendemos a hablar más que a fuerza de imitar los sonidos de los demás, de compararlos con los nuestros y encontrarlos finalmente parecidos. Los pájaros, como se ha dicho en otra parte, tienen la misma facultad que nosotros, la misma relación entre los dos órganos, el de la palabra y el del oído.

Un sordo emite la voz, de la manera que sea, desde la primera clase de Amman. Entonces, mientras la voz se forma en la laringe, se le enseña a mantener la boca abierta, tanto y no más de lo que es necesario para pronunciar tal o cual vocal

[33]. Pero como estas letras tienen todas mucha afinidad entre ellas y no exigen movimientos muy diferentes, los sordos, e incluso aquellos que no lo son, no mantienen la boca precisamente abierta en el punto necesario. Es por eso que se equivocan en la pronunciación, pero hay que aplaudir esta equivocación, lejos de señalarla, porque tratando de repetir la misma falta (que ellos ignoran) cometen una más dichosa y finalmente consiguen emitir el sonido que se pide.

Una fisionomía espiritual, una edad tierna

[34] y los órganos de la palabra bien condicionados, es lo que Amman exige de su discípulo, prefiriendo el invierno a las otras estaciones, porque el aire condensado por el frío hace que la palabra de los sordos sea más audible para ellos mismos. Nuestro cerebro originariamente es una masa informe sin ninguna idea, porque sólo tiene la facultad de tenerlas, obteniéndolas de la educación junto con la capacidad de asociarlas y combinarlas. Esta educación consiste en un puro mecanismo, en la acción de la palabra de uno sobre el oído de otro, que devuelve los mismos sonidos y aprende las ideas arbitrarias que se han atribuido a estos sonidos; o para no abandonar a nuestros sordos, en la impresión de la melodía y de los sonidos que se les hace producir maquinalmente, como he dicho, sobre su propio nervio acústico, que es una de las cuerdas, si se me permite expresarlo así, merced a las cuales los sonidos y las ideas van a grabarse en la sustancia medular del cerebro y arrojan así las primeras semillas del espíritu y de la razón.

[33] Se empieza por las vocales.

[34] Desde los ocho a los quince años. Más jóvenes, son demasiado osados, y no sienten la utilidad de estas lecciones; más viejos, sus órganos se hallan entumecidos.

Amman se equivoca creyendo que la falta de campanilla impide hablar. Mr. Astruc [35] y otros tantos autores [36] dignos de fe, tienen observaciones opuestas. Pero, por otra parte, se requiere una organización perfecta, y como una comunicación (que se abra de alguna manera a la menor señal) del cerebro a los nervios de los instrumentos que sirven para hablar. Sin estos órganos, naturalmente bien constituidos, los sordos instruidos por Amman un día podrían oír perfectamente hablar a los demás y poner, sus ideas por escrito, pero nunca llegarían a hablar. Al mismo tiempo, hacen falta órganos bien condicionados, cuando se enseña a hablar a un animal, o se le quiere hacer adquirir algunos hábitos. Un sordo, y por consiguiente mudo de nacimiento, puede aprender a leer y a pronunciar un gran número de palabras en dos meses. Amman cita a uno, que sabía leer y recitar de memoria la oración dominical al cabo de quince días. Habla de otro niño que en un mes aprendió a pronunciar bien las letras, a leer y a escribir medianamente, y que incluso sabía bastante bien la ortografía. El medio más breve para enseñar a los sordos y hacerles retener más fácilmente las ideas de las palabras, es hacerles coser o juntar las palabras (que oyen a su manera, y repiten con toda exactitud) en su cabeza, en su boca, y sobre el papel. La dificultad de las combinaciones debe ser proporcional a la aptitud del discípulo, como en la mezcla de vocales, de consonantes, y de unas y otras, tan pronto delante como detrás. Pero al principio se retrocedería, si se quisiera progresar demasiado. Las ideas que nacieran de dos o tres letras se verían perturbadas ante un mayor número, y el espíritu se sumiría en su caos.

Tras las vocales, se pasa a las semivocales y a las consonantes, a las letras más fáciles de estas últimas, y por último a sus combinaciones más sueltas. Cuando se saben pronunciar todas las letras se sabe leer.

La letra *M* separada de la *E* muda, que se ahoga en la pronunciación, se aprende, mediante la mano que el sordo hunde en su garganta y el esfuerzo que hace para cerrar la boca al hablar.

La letra *N* se pronuncia mirando en el espejo la ubicación de la lengua, y poniendo una mano sobre la nariz del maestro y la otra en el fondo de su boca, para sentir el temblor de la laringe a la vez que el aire sonoro saliendo de las narices.

Los sordos aprenden la letra *L* únicamente adaptando su lengua a los dientes superiores, incisivos y caninos, y a la parte del paladar próxima a estos dientes. Una vez se ha llevado a cabo esta acción, se les hace ademán con la mano para que hagan salir su voz por la boca.

En la letra *R* se eleva la voz, y ésta salta de algún modo y se rompe. Se requiere tiempo para adquirir la flexibilidad y la movilidad necesaria para esta pronunciación. Sin embargo, dice el autor, yo empiezo por meter la mano del sordo en mi boca, para que de alguna manera toque mi pronunciación y perciba cómo se modifica este sonido, a la vez que éste se debe mirar en un espejo para examinar el temblor y la fluctuación de la lengua.

De nuevo, en el espejo, donde se aprende a poner la lengua convexa, tal como es necesario para pronunciar a la vez *CH*, sobre todo si se examina con la mano cómo sale el aire de la boca.

Para pronunciar *K*, *T*, *P*, se presta atención a los movimientos de la boca y de la lengua del maestro, y se examina siempre con los dedos el movimiento de su garganta.

La *X* se pronuncia como *SK*. Es preciso pues saber combinar dos consonantes simples, antes de pasar a las consonantes dobles. Todos los sordos pronuncian con bastante facilidad las consonantes simples, y sobre todo la letra *H*. No emiten más que una melodía muda, o poco sonora, abriendo o cerrando sus conductos muy sucesivamente o de repente.

Cuando el discípulo ya sabe pronunciar separadamente cada letra del alfabeto, es necesario que se acostumbre a pronunciar, con la boca muy abierta, las consonantes y las semivocales, para que los labios y los dientes no le impidan ver en el espejo los movimientos de la lengua. Seguidamente, debe ejercitarse poco a poco a pronunciarlas con toda clase de aperturas, y cuando finalmente se ha adquirido esta facultad, se escogen dos o tres letras que se trata de pronunciar de corrido o sin interrupción, según el hábito que ya se tiene.

---

35 *De Morb. Vener.*

36 Bartholin, Hildanus, Fallopio, etc.

El alumno, tras hacer estos progresos, lee atentamente una línea de un libro y repite de memoria las mismas palabras, después de que el maestro, al que examina atentamente, las haya pronunciado. De una ojeada, con semejante método, éste imita por sí solo los sonidos que lee como si los oyera, porque la idea la tiene reciente y bien grabada.

Amman destaca que aproximadamente es mediante el mismo diámetro de la apertura de la boca, que se pronuncian o, u, e, i, o, e, u, e: m, n, ng, p, t, k: ch, k. Todas estas letras salen del fondo de la garganta. Por eso, resultan muy difíciles de distinguir por un sordo. A su vez éste pronuncia mal, hasta que no ha aprendido muchas palabras. Pero el hecho es que, con el tiempo, repite el discurso de los demás y lo comprende perfectamente bien.

Las *explosivas*, p, t, k, no se pronuncian sin alguna elevación aparente de la laringe; en eso se distinguen de las nasales m, n, ng. La pronunciación de las letras ch es perceptible para la mirada, y un sordo concibe lo que se le dice, como si estuviera leyendo. Es bueno hablarle en la boca para darse a entender mejor, cuando ya se ha oído a sí mismo, como se ha dicho. Pero se le instruye mejor mediante la vista y el tacto, *aures sunt in oculis* [Los oídos están en los ojos.], dice muy bien el autor del tratado de *loquela*, p. 102.

¿Sabe el discípulo leer y hablar finalmente? Entonces se empieza por enseñarle los nombres de las cosas que tienen más usos y que se presentan más familiarmente, como en la educación de todos los niños: los substantivos, los adjetivos, los adverbios, las conjunciones, las declinaciones, las conjugaciones y las contracciones particulares de la lengua que se enseña.

Amman termina su breve, pero excelente tratado describiendo el arte de corregir todos los defectos del lenguaje, pero voy a dejarlo de lado. Este método está tanto más por encima de la *Oficina Tipográfica*, y de la *Cuadrilla de los niños*, que un sordo nato, más animal que un niño, por su solo instinto ya ha aprendido a hablar. El sabio maestro de los sordos enseña a la vez y en poco tiempo a hablar, a leer y a escribir según las reglas de ortografía. Y todo ello, como veis, maquinalmente, o mediante signos sensibles, que constituyen la vía de comunicación de todas las ideas. He aquí a uno de esos hombres, cuya vida penosamente no se halla proporcionada a la utilidad que tiene para el público.

Reflexiones sobre la educación

Nadie se parece tanto a los niños como los discípulos de Amman, de modo que se los ha de tratar más o menos de la misma manera. Si se quiere imprimir demasiado movimiento en los músculos y demasiadas ideas o sensaciones en el cerebro de los sordos, la confusión se siembra en unos y otros. De igual modo, la memoria de un niño y el discernimiento que empieza a despuntar se fatigan cuando hacen demasiado esfuerzo. La debilidad de las fibras y de los espíritus exige un trato atento. Por consiguiente, es preciso: 1.º no anticiparse a la razón sino aprovechar el primer momento que se la ve aparecer, para fijar en el espíritu el sentido de las palabras aprendidas maquinalmente; 2.º seguir la pista a los progresos del alma, ver cómo se desarrolla la razón, y, en definitiva, observar exactamente en qué grado debe uno parar, por así decir, el termómetro del pequeño juicio de los niños, con el fin de proporcionar a su esfera, que aumenta sucesivamente, la extensión de los conocimientos con el que se debe embellecerlo y fortalecerlo, no haciendo trabajar al espíritu, ni demasiado, ni demasiado poco, y 3.º cerebros tan tiernos son como una cera blanda donde las impresiones no se pueden borrar, sin perder toda la sustancia que las ha recibido, de ahí las ideas falsas y las palabras carentes de sentido, pues los prejuicios piden a continuación una refundición, de la que pocos espíritus son susceptibles, y que en la edad turbulenta de las, pasiones se vuelve casi imposible. Los que tienen la obligación de instruir a un niño, nunca deben imprimirle más que ideas tan evidentes que no haya nada capaz de eclipsar su claridad. Pero, para ello es preciso que éstos las tengan, lo que es muy raro. Se enseña, como se ha sido enseñado, y de ahí esta propagación infinita de abusos y errores. La prevención para las primeras ideas es la fuente de todas estas enfermedades del espíritu. Se han adquirido maquinalmente, y sin estar alerta al respecto, al familiarizarse con ellas, se cree que estas nociones han nacido con nosotros. Un célebre abate, amigo mío, metafísico por las buenas, creía que todos los hombres eran músicos natos, porque no se acordaba de haber aprendido las melodías con las que su nodriza lo adormecía. Todos los hombres cometen el mismo error, y como a todos se les ha dado las mismas ideas, si todos no hablaran más que francés, harían de su lengua el mismo fantasma que de sus ideas. ¡En qué caos, en qué laberinto de errores y

prejuicios nos sume la mala educación! ¡Y qué gran entuerto permitir a los niños razonamientos sobre cosas de las que no tienen ideas, o de las que sólo tienen ideas confusas!

Un niño encontrado entre osos

Un niño, de diez años de edad, fue encontrado en el año 1694 entre una manada de osos, en los bosques situados en los confines de Lituania y Rusia. Era horrible verlo, no tenía ni uso de razón, ni sabía hablar, y su voz al igual que todo él no tenían nada de humano, si no es la figura exterior del cuerpo. Andaba apoyándose sobre las manos y los pies como los cuadrúpedos. Separado de los osos parecía echarlos de menos, y la ansiedad y la inquietud se pintaron sobre su fisionomía, cuando se halló en la sociedad de los hombres. Hubiérase dicho que era un prisionero (y él se creía como tal), que lo único que quería era huir, hasta que, habiendo aprendido a levantar sus manos contra un muro y, en fin, a mantenerse derecho apoyándose en los pies como un niño o un gatito, y habiéndose acostumbrado poco a poco a los alimentos de los hombres, terminó por domesticarse y empezó a proferir algunas palabras con una voz ronca, tal como he descrito. Cuando se le interrogaba acerca de su estado salvaje, acerca del tiempo que este estado había durado, no tenía más recuerdo al respecto que el que nosotros tenemos de lo que ocurrió mientras estábamos en la cuna.

Conor, el cual cuenta esta historia [37] famosa en Polonia, mientras estaba en Varsovia en la corte de Jean Sobieski, entonces ocupando el trono, añade que el mismo rey, varios senadores y multitud de otros habitantes del país dignos de fe le aseguraron como un hecho cierto y del que nadie duda en Polonia, que los niños en ocasiones son amamantados por osas, como Rómulo y Remo lo fueron, según se dice, por una loba. Si un niño se encuentra en la puerta de su casa, o cerca de un seto, o abandonado por imprudencia en un campo, y pasa un oso hambriento por allí cerca, es devorado y despedazado en el acto. Pero si lo coge una osa que está criando, lo lleva junto a sus ositos, a los cuales cuida tanto como al propio niño, el cual, unos años después, a veces es descubierto y cogido por los cazadores.

Conor cita una aventura parecida a aquélla de la que fue testigo, que aconteció en el mismo lugar (Varsovia) en 1669 y ante los ojos de M. Wanden, llamado Brande de Cleverskerk, embajador en Inglaterra en el año 1699. Describe este caso, tal como le fue contado fielmente por este embajador, en su tratado sobre el gobierno del reino de Polonia.

He dicho que este pobre niño del que habla Conor, no gozaba de ninguna de las luces de la razón. La prueba es que ignoraba la miseria de su estado y que, en lugar de buscar el contacto con los hombres, huía de ellos y sólo deseaba volver con los osos. Así que, como hace observar juiciosamente nuestro historiador, este niño vivía maquinalmente y no pensaba más que un animal, ni que un niño recién nacido, ni que un hombre que duerme o en un estado aletargado o apoplético.

Capítulo XVI

HOMBRES SALVAJES, LLAMADOS SÁTIROS

Los hombres salvajes [38] —bastante comunes en las Indias— y en África, son llamados orangutanes por los indios, y *Quoias morrou* por los africanos.

No son gordos ni delgados, tienen el cuerpo cuadrado, y los miembros tan rechonchos y tan musculosos, que son muy rápidos cuando corren, y tienen una fuerza increíble. En la parte delantera del cuerpo no tienen pelo en ningún lado, pero por detrás se diría ver una selva de crines negras de las que

[37] Evang. *Med.*,p. 133-4-5.

[38] Hace dos años que en la feria de Saint-Laurent apareció un gran mono, parecido al sátiro de Tulpius.

está cubierto y erizado todo el dorso. El rostro de estos animales se parece al rostro del hombre, pero sus narices son chatas y encorvadas, y su boca es arrugada y no tiene dientes.

Sus orejas no difieren en nada de las de los hombres, ni tampoco su pecho, pues los sátiros hembras tienen unos pechos enormes, mientras los machos no tienen, como de ordinario ocurre igualmente a los humanos. El ombligo está muy hundido, y los miembros superiores e inferiores se parecen a los del hombre como dos gotas de agua, o como un huevo a otro huevo,

El codo se halla articulado como el nuestro, tienen el mismo número de dedos, el pulgar hecho como el del hombre, unos muelles en las piernas, y una base en la planta del pie, sobre la que se apoya todo el cuerpo como el nuestro cuando andan a nuestro modo, lo que sucede a menudo.

Para beber, cogen muy bien con una mano el asa de la taza y meten la otra al fondo de la jarra, y luego se secan los labios con la mayor pulcritud. Cuando se acuestan, también dan muestras de mucha destreza y delicadeza, utilizando almohada y cubrecamas, con el que se tapan cuidadosamente cuando están amaestrados. La fuerza de sus músculos, de su sangre y de sus espíritus los hace valientes e intrépidos como a nosotros. Pero tanta bravura está reservada a los machos, como ocurre en la especie humana. Con frecuencia se arrojan con furor sobre la gente incluso armada, al igual que sobre las mujeres y las niñas, a las cuales ciertamente hacen las más dulces violencias. Nada más lascivo, más impúdico, ni más propenso a la fornicación que estos animales. Las mujeres de la India no se dejan tentar dos veces para irlos a ver a las cavernas, donde ellos se mantienen escondidos. Están desnudos, y hacen el amor con tan pocos prejuicios como los perros.

Plinio, San Jerónimo y otros, refiriéndose a los antiguos, nos han legado descripciones fabulosas de estos animales lascivos, como puede juzgarse comparándolas con las que debemos a Tulpius, médico de Amsterdam [39]. Este autor sólo habla del sátiro que ha visto, como un animal, y sólo se ocupa de describir las partes de su cuerpo, sin mencionar si hablaba y tenía ideas. Pero esta perfecta semejanza que reconoce entre el cuerpo del sátiro y el de los demás hombres, me hace creer que el cerebro de este supuesto animal originariamente está hecho para sentir y pensar como el nuestro. Las razones para tal analogía son mucho más fuertes respecto a ellos que a los demás animales.

Plutarco habla de un sátiro que fue cazado mientras dormía y llevado a Sila: la voz de este animal se parecía al relincho de los caballos y al balido de los bucos. Los que desde la infancia se hallan perdidos por los bosques, no tienen la voz mucho más clara ni más humana, y tampoco tienen una sola idea, como se ha visto en el hecho referido por Conor, no digo de moral, sino de su estado, que ha pasado como un sueño, o más bien, según la expresión proverbial, como un sueño a la suiza que podría durar cien años sin darnos una sola idea. Sin embargo, son hombres, y todo el mundo está de acuerdo. ¿Por qué pues los sátiros no iban a ser más que animales? Si tienen los instrumentos de la palabra bien organizados, y es fácil enseñarles a hablar y a pensar como a los otros salvajes, yo encontraría más difícil educar e impartir ideas a los sordos de nacimiento.

Para que un hombre crea no haber tenido nunca principio, basta con secuestrarlo temprano del comercio de los hombres, y al no haber nada que pueda iluminarlo acerca de su origen, no sólo creerá no haber nacido, sino incluso que no tendrá fin. El sordo de Chartres que veía morir a sus semejantes, no sabía qué era la muerte, porque no tener una percepción *bien clara*, como M. de F. aduce, es no tener ninguna idea. ¿Cómo se entendería pues que un salvaje, que no viera morir a nadie, sobre todo de su especie, no se creyera inmortal?

Cuando un hombre sale de su estado animal, y se le ha instruido lo suficiente para que empiece a reflexionar, como no ha pensado a lo largo de su vida salvaje, no recuerda ninguna de las circunstancias de este estado, y al describírselas las escucha, como nosotros escuchamos lo que se nos cuenta de nuestra infancia, que nos parecería una verdadera fábula sin el ejemplo de todos los demás niños. El nacimiento y la muerte nos parecerían igualmente quimeras sin aquellos que se ve nacer y morir.

Los salvajes, que se acuerdan de la variedad de los estados por los que han pasado, sólo se han extraviado hasta cierto punto, y además se les encuentra andando como los demás hombres, únicamente sobre los pies. Pues aquellos que desde su origen han vivido largo tiempo entre los animales, no

[39] Tulpius: Oservationes Med. E. d. Elzer. L. III; c. LVI, p. 270.

recuerdan haber existido en la sociedad de otros seres: su vida salvaje, por larga que haya sido, no les ha resultado enojosa, y para ellos no ha durado más que un instante, como ya se ha dicho. Por último, no pueden creer que no hayan sido siempre tal como se encuentran en el momento en que se les abre los ojos sobre su miseria, procurándoseles sensaciones desconocidas y la oportunidad de replegarse sobre estas sensaciones.

Toda Holanda ha asistido al grato espectáculo de un niño abandonado en no sé qué desierto, educado y hallado finalmente entre cabras salvajes. Se arrastraba y vivía como estos animales, tenía los mismos gustos, las mismas inclinaciones, los mismos sonidos de voz, y la misma imbecilidad se pintaba en su fisionomía. Mr. Boerhaave, que nos narraba esta historia en 1733, creo que la había extraído del burgomaestre Tulpius.

Cuando publiqué la primera edición de esta obra, en París se hablaba mucho de una niña salvaje que había devorado a su hermana y que entonces se encontraba en un convento de Châlons en Champagne. Mg. el Mariscal de Sajonia me ha hecho el honor de contarme muchas particularidades de la historia de esta niña. Pero éstas son mucho más curiosas que necesarias para comprender y explicar lo que hay de más sorprendente en todos estos hechos. Uno solo basta para dar la clave de todos los demás, pues en el fondo todos se parecen, al igual que todas nuestras observaciones de medicina sobre un mismo tema, cuya comprensión se ve facilitada con una buena teoría, mucho mejor que con todos los libros de estos doctores cínicos y limitados.

BELLA CONJETURA DE ARNOBIO, que viene en apoyo de todos estos hechos

He referido varios hechos [40], que el azar o un arte admirable han procurado a los Fontenelle, a los Cheselden, a los Locke, a los Amman, a los Tulpius, a los Boerhaave, a los Conor, etc. Ahora paso a lo que me ha parecido digno de coronarlos, y es una bella conjetura de Arnobio, que se basa visiblemente en observaciones que había tenido ocasión de hacer, aunque las mencione brevemente de paso.

Hagamos, dice [41], un agujero en forma de cama en la tierra, de modo que esté rodeado de muros y cubierto por un techo, y que este lugar no sea demasiado cálido, ni demasiado frío, pero en el que tampoco se oiga absolutamente ningún ruido. Imaginemos la manera de que no se introduzca más que una pálida luminosidad entrecortada de tinieblas. Póngase a un recién nacido en este subterráneo, de modo que sus sentidos no sean impresionados por ningún objeto, y que una nodriza desnuda lo amamante en silencio. ¿Necesita alimentos más sólidos? Que se los lleve la misma mujer, que sean siempre de la misma especie, tales como el pan o el agua fría, y se le ofrezcan en el cuenco de la mano. Que este niño, salido de la raza de Platón o de Pitágoras, abandone su soledad a la edad de veinte, treinta o cuarenta años, y que aparezca en la asamblea de los mortales: pregúntesele, antes de que haya aprendido a pensar y a hablar, qué es, quién es su padre, qué ha hecho, qué ha pensado, cómo ha sido alimentado y criado hasta entonces. Más estúpido que un animal, no tendrá más sentimiento que una madera o una piedra, y no conocerá ni la tierra, ni el mar, ni los astros, ni los meteoros, ni las plantas, ni los animales. Si tiene hambre, a falta de su alimento ordinario, o más bien por no conocer todo lo que puede sustituirlo, se abandonará a la muerte. Rodeado de fuego o de animales venenosos, se arrojará en medio del peligro. Si se ve obligado a hablar, a causa de la impresión de todos estos objetos nuevos que lo aturden, sólo saldrán de su bendita boca sonidos inarticulados, como *algunos tienes costumbre hacer en semejante caso*. Preguntádle, no ideas abstractas y difíciles de metafísica, moral o geometría, sino sólo la más simple cuestión de aritmética. Este no comprende lo que oye, ni que vuestra voz pueda significar alguna cosa, y ni siquiera si os estáis dirigiendo a él o a otros. ¿Dónde se encuentra pues esta

[40] Sólo he olvidado el ciego de nacimiento de la Motte le Vayer; pero tal olvido no es premeditado, por la razón que he dado.

[41] Adress. Gens. L. II.

porción inmortal de la divinidad? ¿Dónde está esta alma, que entra en los cuerpos, tan docta y tan iluminada, y que con el auxilio de la instrucción no tiene más que recordar los conocimientos que tenía infusos? ¿Se halla pues este ser, tan razonable y tan fuerte, por encima de los demás seres? ¡Ay! Sí, cómo es el hombre, que viviría eternamente separado de la sociedad sin adquirir una sola idea. Pero pulamos este diamante bruto, enviemos a este niño viejo a la escuela, *quantum mutatus ab illo* [¡Cuán cambiado de aquél que era!]: el animal se hace hombre, y el hombre, docto y prudente. No es así, como el buey, el asno, el caballo, el camello y el loro aprenden, unos a ser útiles a los hombres, y los otros a hablar e incluso tal vez (si, al igual que Locke pudiéramos creer al caballero Temple) a mantener una conversación seguida.

Hasta aquí Arnobio, al que he traducido y resumido libremente. ¡Cuán admirable parece esta pintura en el original! Es uno de los pedazos más bellos de la antigüedad.

CONCLUSIÓN DE LA OBRA

Sin sentidos, no hay ideas.

Cuantos menos sentidos se tienen, menos ideas se tienen.

Poca educación, pocas ideas.

Sin recibir sensaciones, no se tienen ideas.

Estos principios son las consecuencias necesarias de todas las observaciones y experiencias, que constituyen la base inconmovible de esta obra. Pues el alma depende esencialmente de los órganos del cuerpo, con los que se forma, crece y decrece. *Ergo participem leti quoque convenit esse* [42] [Así que se está de acuerdo, en que también es partícipe de la muerte.]

[42] Lucrecio. *De Natura rerum.*